

Stanislaw Ossowski  
ESTRUCTURA DE CLASES  
Y CONCIENCIA SOCIAL

C77. 0131

Centro de Investigación  
y Acción Social  
BIBLIOTECA

307479

Ossowski, Stanislaw  
Estructura de clases y conciencia s.  
301.44 O84 c.01

C1977.000131



ediciones península<sup>M.R.</sup>

La edición original polaca fue publicada por Łódzkie Towarzystwo Naukowe, de Lodz, con el título *Struktura klasowa w społecznej świadomości*. © Stanislaw Ossowski, 1963

Traducción de M. BUSTAMANTE ORTIZ

Cubierta de Jordi Fornas  
Impresa en Lito-Fisan, s. l., J. Piquet, 7, Barcelona

Primera edición: julio de 1969  
Segunda edición: noviembre de 1972  
Propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta) de Edicions 62 s/a., Provenza, 278, Barcelona - 8.

Impreso en Lito-Fisan, s. l., J. Piquet, 7, Barcelona  
Depósito legal: B. 46.898 - 1972

## I. Introducción

### *La problemática social a la luz de las nuevas experiencias*

Las condiciones en que se desarrolla la moderna economía capitalista dieron nacimiento a la economía política clásica, la sociología burguesa y el materialismo histórico.<sup>1</sup> La sociología y la economía política burguesas partían del presupuesto de la duración permanente del sistema capitalista.<sup>2</sup> El materialismo histórico consideraba a la economía capitalista como una fase efímera, transitoria, del desarrollo histórico, pero Marx dedicó casi toda su vida a la investigación y análisis de la sociedad capitalista. Tanto Marx como Engels aprovecharon, para establecer las leyes generales del capitalismo, las mismas experiencias directas que los sociólogos como Spencer y los creadores de la economía clásica. Todas estas teorías consideran a la sociedad como una colectividad de individuos, la cual observa por regla general ciertas normas del juego formuladas en los códigos jurídicos, en las constituciones y sobre todo en los convenios que regulan las relaciones económicas y en particular las relaciones en el libre mercado; una colectividad de individuos que, generalmente, suelen regirse por sus opciones individuales, pese a que tales decisiones se hallen determinadas por ciertas leyes de la naturaleza. Asimismo están determinados por leyes universales los resultados globales de la interferencia de esas innumerables decisiones individuales. Así es, entre otras cosas, el modo como actúan las leyes marxistas del desarrollo histórico.

Las controversias entre el marxismo y la sociología liberal se perfilaron con toda su agudeza sobre el trasfondo de ciertos principios comunes. Esto irá aparecien-

do con mucha más claridad en el curso del presente trabajo. De momento basta comparar la declaración de Engels en el año 1888, contenida en la obra sobre Ludwig Feuerbach, con las reflexiones de Boleslaw Prus \* sobre las leyes que rigen el desarrollo de París. El autor de *La muñeca*, quien en este caso se presenta como vulgarizador de las concepciones positivistas de la sociedad de los burgueses liberales, publicó sus reflexiones en las páginas del «Kurier Codzienny», periódico en el cual apareciera su novela en los años 1887-1889, o sea, en el mismo período en que fue publicado *Ludwig Feuerbach*:

«Por tanto, el trabajo de millones de personas que tanto gritan acerca de su libre albedrío, da los mismos resultados que el trabajo de las abejas labrando sus panales regulares, de las hormigas edificando sus cónicos almiarcitos, o de las combinaciones químicas que se estructuran en cristales simétricos» (B. Prus: *La muñeca*, tomo II, cap. VIII).

«De modo que el encuentro entre las innumerables voluntades y acciones individuales en el terreno histórico, desembocan en una situación absolutamente análoga a la que impera en la naturaleza inconsciente» (Engels: *Ludwig Feuerbach*, en C. Marx-F. Engels, *Obras escogidas*, tomo II).

«No hay pues casualidad alguna en la sociedad sino una ley inquebrantable, que, casi como burlándose de la altivez humana, se manifiesta claramente en la vida del pueblo más caprichoso, el pueblo francés» (Prus, *op. cit.*).

«Pero allí donde en la superficie reina lo casual, éste se halla siempre regido por unas leyes internas secretas y sólo se trata de descubrir esas leyes. Los hombres crean su propia historia (...) de tal manera, que cada cual aspira a sus fines personales, conscientemente perseguidos, y la historia constituye precisamente la resultante

\* Boleslaw Prus (1847-1912) está considerado como uno de los más grandes escritores de la época del llamado realismo y naturalismo polaco. Sus obras más conocidas son: *Lalka* (*La muñeca*) y *El faraón*, esta última novela llevada a la pantalla por el eminente director Kawalerowicz. (N. del T.)

de estas múltiples voluntades que actúan en las distintas direcciones (...)» (Engels: *op. cit.*).

Los acontecimientos de los últimos decenios han enriquecido en forma inaudita el campo de las experiencias que se hallaban al alcance del investigador de la vida social. Cuando se formó el sistema de conceptos y de problemas de la sociología burguesa, cuando los pensamientos de Marx y de Engels se desarrollaron hasta convertirse en una doctrina grande y cohesionada, no se conocían aún las consecuencias sociales de la «segunda revolución técnica» (la electricidad y el motor de explosión) que transformaron las formas de la vida colectiva en el siglo xx; y las perspectivas abiertas ante nosotros por la liberación de la energía atómica, las perspectivas de una nueva civilización o de un exterminio masivo, no eran aún ni tan siquiera objeto de las novelas fantásticas y de anticipación. No se conocían los campos de exterminio en masa, organizados por los representantes de una nación que ostentaba uno de los primeros rangos en la historia de la civilización europea. La visión de la emancipación de los pueblos coloniales, en unos tiempos en que el reparto del mundo entre las potencias europeas había tocado a su fin, parecía en el mejor de los casos un sueño ingenuo de unos utopistas humanitarios. No se conocía ningún sistema social basado en la propiedad estatal de los medios de producción. No se tenía aún una experiencia ligada con la planificación que sobre grandes extensiones del globo ha abarcado, en un sistema centralizado, integral, a casi toda la vida económica, incluida la producción de los llamados valores culturales, englobando el derecho a disponer del material humano, el reparto de los privilegios y las desventajas en la más extensa escala y la transformación premeditada de la estructura social.

La época en la cual en los medios burgueses prevalecía la ideología liberal, y allí donde el socialismo en sus formas más radicales accedía a la palabra como una corriente emancipadora, esa época no percibía ese aspecto de la técnica moderna. La técnica puso en manos de los

hombres que ostentaban el poder político medios gigantescos de dominación no sólo sobre la naturaleza, según los pronósticos de los teóricos del siglo decimonono sino también los medios de dominación sobre el hombre sobre las masas humanas.

Frente a esas nuevas experiencias resulta difícil substraerse a la impresión de que las condiciones en las cuales surgieron las teorías decimonónicas pesaron sobre el ulterior desarrollo de las ciencias sociales. El liberarse de las formas tradicionales de conceptualizar los fenómenos y de plantear los problemas en el terreno de los asuntos humanos, el emanciparse de las sugerencias impuestas por los marcos del aparato conceptual tradicional, no es cosa fácil, incluso cuando el conservadurismo del pensamiento teórico no se halla velado por el carácter revolucionario del programa práctico y reforzado por las sanciones de la ideología dominante, como ocurre en los países socialistas, y aun cuando no es asimismo el reflejo de la nostalgia del pasado, como sucede en los países liberales contemporáneos.

Las concepciones teóricas en el campo de las ciencias sociales se adelantaron a veces a la realidad de la vida, convirtiéndose de ese modo en una guía para los hombres de acción. En los períodos de transformaciones violentas, el teórico no logra alcanzar el ritmo de la vida. Las transformaciones de la realidad son entonces mucho más rápidas que el pensamiento reflexivo, cuyo ritmo de transformación puede quizá sofocarse, y requiere entonces recobrar largamente su aliento. Ésta es, a lo mejor, la situación en el día de hoy.

«La nueva fase de desarrollo», empleando el lenguaje de Marx, que hoy plantea nuevos problemas sociales de la mayor trascendencia, requiere nuevas hipótesis, nuevos conceptos, nuevos métodos. Y la masa de nuevas experiencias —tan nuevas bajo puntos de vista tan esenciales— mueven asimismo a una nueva revisión del arsenal de hechos, como los que el pasado acumuló.

En la historia de la ciencia ha ocurrido a menudo que los investigadores no prestaran la debida atención a un

fenómeno cualquiera, pese a que lo tuvieran en el ámbito de sus experiencias, fenómeno que fue descubierto tan sólo cuando, en otra situación, les saltaron a los ojos unos fenómenos análogos pero en una escala muchísimo más extensa. Los acontecimientos a cuyo tenor nos vemos inclinados a considerar los tiempos actuales como los comienzos de una nueva época son de una dimensión tan grande, en atención a lo profundo de las transformaciones y a la trascendencia de los efectos prácticos, y tienen un alcance tan extenso en cuanto al número de seres a que conciernen y a la superficie del globo terráqueo que abarcan, que su análisis es capaz de transformar también nuestra concepción acerca del pasado. Ciertos fenómenos, ciertas dependencias y circunstancias de las épocas pretéritas pudieron escapar a nuestra atención, pese a haber sido importantísimos para la vida social también antiguamente; pudieron escapar a nuestra atención al hallarse velados por unos hechos y unas circunstancias que por entonces eran más característicos. También es posible que se omitieran conscientemente en las amplias generalizaciones en aras a una mayor nitidez del cuadro, por cuanto en aquel momento parecían ser circunstancias accidentales y casuales, desprovistas de cualquier significación esencial.

Ahora bien, el análisis de los fenómenos característicos del mundo actual puede inducir asimismo a limitar el alcance general de los conceptos sociológicos fundamentales o a recurrir a la obtención de generalizaciones de un nivel más elevado a través de alguna síntesis de concepciones fundadas en las diversas experiencias.

Así ocurre por ejemplo con la fecunda y reveladora teoría del siglo pasado, según la cual los antagonismos de las clases sociales son el motor de la historia, cuando deseamos aprovechar las experiencias que los fundadores del materialismo histórico no vivieron suficientemente. La lucha entre las organizaciones propagadoras de una ideología clasista en nombre de esa misma clase, especialmente después del año 1917, o los procesos que en los regímenes de un solo partido cobraron el nombre de «ale-

jarse el partido de las masas», han demostrado, por ejemplo, que el enmascaramiento de los intereses de las organizaciones con los intereses de clase es igualmente posible, como el enmascaramiento de los intereses de clase con los lemas universales o nacionales por parte de las organizaciones de una ideología supuestamente no clasista. Estas experiencias y otras similares nos han enseñado que las relaciones entre las clases sociales y las grandes organizaciones sociales son mucho más complejas de lo que podía suponer la concepción marxista de la dinámica histórica, y que los antagonismos en los cuales pudiéramos buscar el motor de la historia, no se desarrollan en una sola y única plataforma.

Cuando el material comparativo se extiende a unos fenómenos que, bajo ciertos aspectos, para nosotros importantes, aparecen como sin precedentes, cabe esperar que las categorías conceptuales que sirvieron de antiguo para las generalizaciones se revelen inadecuadas o insuficientes. Entonces, las transformaciones de la realidad social pueden acarrear consigo cambios en el aparato conceptual no sólo para la caracterización de los nuevos fenómenos, sino también para la formulación de hipótesis generalizadoras de las viejas y las nuevas experiencias.

Como resultado de estas reflexiones, la observación de los fenómenos actuales que se desarrollan ante nuestros ojos nos mueve a enfrentarnos con los problemas cuya actualidad no se limita a una sola época: los problemas fundamentales de la estructura social y de la dinámica de la vida social. Y cuando aquí nos referimos a la estructura social, se trata para nosotros de aquellas categorías de relaciones y de funciones sociales que interesan a la historia de las distintas concepciones del orden social, así como a la historia de las ideologías concentradas alrededor de lemas tales como la libertad, la igualdad, la justicia social, la historia de la dominación de los grupos sociales o de las organizaciones en el marco del conjunto de la sociedad, y la historia de las luchas libradas contra las diversas formas de opresión en ese mismo marco.

Los sistemas de dependencia interhumana y el privilegio de la propiedad, las relaciones espontáneas y las relaciones organizadas en la estructura social, los tipos de campos ideológicos en los grandes conflictos sociales, las funciones de las ideologías sociales en la configuración de la vida social: tales son los viejos problemas que en este momento se quieren volver a examinar o cuando menos a plantear nuevamente con la esperanza, a lo mejor ilusoria, de que los resultados de tales reflexiones induzcan a emprender investigaciones colectivas y sean de alguna utilidad para la búsqueda de una solución a los candentes problemas sociales que hoy día nos acucian.

### *Los sistemas de relaciones interhumanas en la conciencia social*

Tal era la intención primera con la cual di comienzo a este trabajo en el invierno de 1951. Mi trabajo estaba planeado para una serie de años. Dadas las condiciones que entonces prevalecían, ello constituía para el autor una circunstancia propicia.

(Al acometer el análisis de las relaciones interhumanas fundamentales en la más amplia escala, resultaba difícil no interesarse por saber cómo los hombres que forman las distintas colectividades perciben la estructura de su sociedad.) Debido a las razones que seguidamente se aducirán, opté por investigar los tipos principales de la estructura social y tras una reflexión directa acerca de dicha estructura, percatarme de las formas que reviste el sistema de las relaciones humanas en la conciencia social, en sus diferentes condiciones.

Estas búsquedas constituyeron un trabajo autónomo intitulado «La estructura de clases en la conciencia social», y cobraron la forma del libro actual. Creo que no hay por qué temer el espectro de la hipóstasis que pesa sobre el término «conciencia social», si en un principio se aclara que utilizo la definición «en la conciencia social» en tanto que expresión abreviada, por cuanto se trata en

este caso del contenido mental característico, para determinados medios, de los conceptos, las figuraciones, las convicciones y valoraciones que les son más o menos comunes a los hombres de ciertas esferas sociales, y que en la conciencia de los diferentes individuos se hallan fortalecidos por la sugerencia recíproca, por el convivimiento de que están igualmente compartidos por los demás miembros de ese mismo grupo. A tenor de esta última circunstancia, la expresión «en la conciencia social» posee una connotación mucho más rica que la expresión «en la conciencia de los individuos que forman parte de ese mismo grupo».

Los aspectos que la estructura social reviste a los ojos de los hombres que en ella participan son, para nosotros importantes bajo varios puntos de vista:

a) Uno de los aspectos de la estructura social extendidamente difundidos es el factor de la situación social, el cual influye sobre el carácter de las relaciones interhumanas.

b) El modo de concebir la estructura social, más o menos generalizado en determinadas clases o esferas, nos permite deducir sobre todo lo que salta a la vista de las gentes de esos medios en el sistema de relaciones, es decir, lo que a sus ojos es lo más trascendental. A través de las representaciones de las relaciones interhumanas logramos penetrar los problemas vivos.

c) Suponiendo que la confirmación de ciertos aspectos de la estructura social, bajo ciertos puntos de vista análogos en los diferentes tipos de sociedades y en las distintas épocas históricas, proyecte una luz sobre los rasgos fundamentales de la estructura social en los sistemas de clases, nos hallamos de nuevo con que la comparación de los aspectos contradictorios o muy diferentes entre sí de una misma estructura social facilita la penetración multilateral en el sistema de las relaciones interhumanas. Las diferentes representaciones de una misma estructura social constituyen no sólo una expresión de las diversas tendencias: representan un capital de la

distintas experiencias y observaciones resultantes de los diferentes intereses prácticos. Por otra parte los conocimientos respecto de la estructura social, suelen profundizarse tan pronto como tratamos de esclarecer la diversidad de los rasgos, buscando las causas de tales diferencias. Esto concierne no solamente a los aspectos ambientales sino también a las concepciones contrapuestas de los teóricos. Así, por ejemplo, resulta muy instructiva la comparación de la teoría marxista de las clases sociales con las teorías de los sociólogos americanos. Pero el asunto se complica por cuanto entran en juego tanto las diferencias de las tendencias sociales y de los intereses, como las diferencias del material.

d) Finalmente, las representaciones de la estructura social, y muy especialmente las representaciones que pudiéramos llamar «socializadas» de la estructura social, son para nosotros importantes por cuanto condicionan directamente la ideología social y los programas sociales. De esta manera, el revisar las concepciones de la estructura social en la conciencia social constituyó en su género un prolegómeno tanto para la investigación con respecto a las sistemas de las relaciones interhumanas como para las indagaciones de tipo comparativo acerca del cometido de las ideologías sociales.

### *Metáforas y contenido conceptual*

Una de las tareas que se plantean ante nosotros cuando queremos acometer el análisis de las concepciones relativas a los problemas sociales, características para un medio determinado, estriba en percatarnos del sentido esencial de las metáforas generalmente difundidas. En las reflexiones acerca de los problemas generales de la estructura social, en las discusiones sobre los tipos y los cambios de las formas de los sistemas sociales o en las investigaciones concretas sobre la estructura social de los diferentes países, nos servimos generalmente y en gran medida de una terminología espacial. «Estratificación so-

cial», «capas sociales», «clases superiores e inferiores», clase «media superior» y «media inferior» (*upper middle* y *lower middle*), «distancias sociales», «límites de los grupos sociales» y «rigidez» de esos límites, «contacto y aislamiento de los grupos», paso de los individuos de un grupo a otro grupo «en el sentido vertical u horizontal», todos esos términos se refieren a las relaciones espaciales. Estamos tan acostumbrados a su significación metafórica que cuando hablamos de la estructura social no solemos advertir ni tan siquiera su carácter metafórico.

En la teoría marxista de las estructuras sociales y en las obras de los autores marxistas, hay menos términos extraídos de las relaciones espaciales, lo cual habremos de tener en cuenta más adelante en nuestras reflexiones, pero el lenguaje con que los marxistas caracterizan la estructura social y sus transformaciones no es menos rico en metáforas. Como resultado del gigantesco papel político que desempeñaron y siguen desempeñando las obras que según un principio obligatorio conjugaron la más encumbrada autoridad política con la más elevada autoridad científica, en los medios marxistas surgió una técnica extraordinaria consistente en operar con metáforas y términos de vaga significación, los cuales, gracias a ello, han podido conservar su valor práctico durante largos años.

«La humanidad se plantea solamente y siempre aquellas tareas que está en condiciones de solucionar»; «llamamos clases a los grandes grupos de gentes que se diferencian por el lugar que ocupan en el sistema históricamente determinado de la producción social»; «la base ha creado la superestructura para que la sirviera, para que la ayude activamente a cobrar forma y a consolidarse, para que pueda contribuir activamente a la liquidación de la base antigua», he ahí un ejemplo de un aserto citado centenares de veces en los más diversos idiomas.

Las expresiones metafóricas, cuyo sentido nunca quedó bastante claro para que pudiéramos considerarla como nuevos términos, dejan de dar la impresión de ser metáforas a causa de su constante utilización. Su nuevo

significado, debido a su uso repetido, se convierte en un significado corriente, volviéndose en cierto modo independiente de la primitiva significación; pero pese a ello y como herencia de la metáfora siguen conservándose las asociaciones de imágenes que llaman a la intuición. La intuición por una parte, y la rutina por otra, hacen que normalmente no se sienta la necesidad de preguntar cómo cabe entender lo del «lugar en el sistema de producción» o lo de «la creación de la superestructura por la base», máxime cuando dichas expresiones cuentan a su favor con la sanción de unas obras de la más alta autoridad o el criterio de la utilidad práctica.

La pregunta respecto al sentido de las expresiones o de los términos corrientes en el campo de las ciencias sociales, siempre y cuando el que formula la pregunta no se conforme con una ejemplarización a guisa de respuesta, suele ser peligrosa para la rutina del pensamiento: no sólo porque puede alterar el establecido orden operacional de las palabras sino también porque puede sacar a relucir nuevos problemas, que hasta entonces se hallaban velados por la pluralidad significadora de los términos y la compactibilidad de los conceptos. Esto es lo que ocurre a veces cuando intentamos substituir las metáforas, las asociaciones verbales e intuitivas, con formulaciones de un contenido conceptual sobre la base de un análisis de la realidad concreta. No se trata en este punto de eliminar todas las metáforas del lenguaje de las ciencias sociales, sino, sencillamente, de esclarecer los conceptos indispensables para los análisis acometidos. Sin embargo, su papel no se limita a las cuestiones semánticas: a tenor de lo que dijimos hace un momento ello puede constituir un punto de partida muy propicio para la elaboración de una problemática.

#### *El concepto de estructura*

Hemos aludido a las metáforas espaciales con relación a la estructura social. El término mismo de «estruc-

tura» y la expresión «estructura social» provienen asimismo del mundo de las relaciones espaciales. Dado el papel que los conceptos de estructura social y de estructura de clases desempeñan en nuestras reflexiones vale la pena pararse a pensar en ellos un momento.

(A través de la palabra «estructura» en su sentido literal entendemos un sistema espacial de elementos, por cuanto nos referimos en este trance a las relaciones espaciales, considerándolas como en correlación con un determinado sistema de relaciones o dependencias entre tales elementos o entre los distintos elementos y la totalidad del sistema. La estructura de un edificio se halla caracterizada por la ubicación de aquellos elementos que asumen una función determinada bajo el punto de vista de la finalidad de la construcción (los pilares y los arcos de sostenimiento aguantan las bóvedas, el tejado preserva de la lluvia las partes interiores del edificio).)

La estructura de un organismo es la localización de los tejidos y los órganos que cumplen con determinadas funciones en los procesos vitales. La estructura de una obra pictórica consiste en la disposición bidimensional de las manchas de color, cada una de las cuales, con su calidad y su forma, influye en la interpretación de los demás espacios y en el efecto del conjunto de la obra.

En el sentido metafórico la estructura es un sistema de distancias interpretadas figuradamente y de relaciones de este u otro tipo. Sobre la base de esta definición aludimos, por ejemplo, a la estructura de la familia patriarcal, dentro de la cual un parentesco más estrecho une a los hijos con el padre que con la madre, y los lazos que unen al padre con el hijo primogénito del sexo masculino son más fuertes que los lazos que unen al padre con el resto de los hijos, y en ese sentido contraponemos esta estructura a la estructura de la familia melanesia, en la cual el esposo está unido con los lazos más estrechos a la esposa, pero en la que ninguna relación institucional lo vincula con sus propios hijos: en efecto, en esta organización familiar, el pariente del sexo masculino más cercano de los hijos es su

tío materno, mientras que su padre sólo está unido por un parentesco más cercano con los hijos de su hermana.

Así, pues, es factible concebir la estructura social en el sentido literal, espacial, de la palabra. Esto ocurre cuando nos referimos al sistema espacial de los individuos o los grupos humanos en atención a las relaciones sociales que existen entre ellos. Al aludir aquí al sistema espacial de los individuos y los grupos, nos queremos referir a la magnitud, la localización y la configuración de las poblaciones espaciales, a la densidad de la población en las diversas partes del territorio, a las líneas de comunicación, etc. El problema de una estructura social espacial así interpretada, en la que los términos concernientes a las relaciones espaciales («distancia», «aislamiento», «fronteras») conservan su primitiva significación, entra igualmente en la problemática de las ciencias sociales.

Ahora bien, con esa significación realmente literal, espacial, la estructura social no siempre se ha dado en llamar estructura social. Así, tenemos que los franceses operan en este caso con un concepto formal, al fundar una disciplina especial denominada «morfología social». Los americanos, por su parte, han enmarcado este problema en la «ecología social», donde se sitúa asimismo la «estructura ecológica».

El adjetivo «social» despoja a la «estructura» de su connotación espacial, al igual que ocurre con los términos «distancia» o «movilidad»: la «distancia social» no es la distancia espacial, y a su vez la «movilidad social» (*social mobility*) no es la movilidad en el espacio.

En oposición a la «microestructura», tal como la estructura familiar, la cual constituye un sistema de relaciones entre los diferentes individuos, solamente aludimos a la «estructura social» cuando, en tanto que componente de un sistema, nos referimos a los *grupos* o a las *categorías* de individuos y no exclusivamente a las distintas personas.

En relación con la *estructura de clases*, la estructura social es un concepto más extenso, puesto que los gru-

pos que consideramos componentes de la estructura social no han de ser necesariamente clases sociales. Pueden ser, pongamos por caso categorías de edades (niños, jóvenes, adultos, ancianos: de ahí el «envejecimiento»), que analizamos a tenor de los cambios de relaciones institucionales que en su seno se verifican y al reparto de sus funciones, o bien en relación con las diferencias que se manifiestan en ellas en cuanto a los derechos y obligaciones se refiere.

Puede tratarse igualmente en este caso de grupos étnicos cuando en las sociedades diferenciadas bajo el punto de vista de esta composición nos interesa conocer la escala de prestigio que gozan las diferentes colectividades étnicas y la mayor o menor distancia social existente entre las mismas, siendo este problema uno de los que más de una vez suele repetirse en las investigaciones realizadas en los Estados Unidos de América. Además, al hablar de la estructura social, podemos tomar en consideración los conjuntos organizados, tales como los partidos políticos o la jerarquía de los funcionarios del Estado o de la Iglesia.

De acuerdo con esta postura, concebimos la estructura social como un sistema de relaciones interhumanas, de distancias y jerarquías, tanto en sus formas organizadas como inorganizadas, mientras que habremos de considerar la *estructura de clases* en tanto que un cierto —y muy trascendental— aspecto de la estructura social. Al aludir a las relaciones interhumanas está en nuestro ánimo el hablar tanto de las dependencias y vínculos resultantes de las relaciones con las autoridades como de reparto de las funciones.

Quizá valga la pena subrayar que en relación con las sociedades humanas suele utilizarse a veces el término de «estructura» en aquellas situaciones en que no se refiere a las relaciones de interdependencia ni a las distancias sociales. Así, por ejemplo, se suele hablar de la estructura demográfica, de la estructura profesional, con fesional o racial, mientras que se trata sencillamente de la composición de la población bajo este u otro aspecto.

Suponiendo que en el curso de nuestras reflexiones nos encontremos con esa clase de necesidad nos referiremos en tal caso a la *composición* de la sociedad, y no a su estructura.

El concepto de clase social requiere ser analizado. Ahora bien, sólo acometeremos este análisis después de haber examinado toda una serie de concepciones sobre la estructura de clases y habernos detenido sobre algunos otros problemas, como son, pongamos por caso, las dos formas de concebir la sociedad sin clases o la interpretación de la nitidez de las fronteras de clases.

Al utilizar materiales vivos y de la más distinta especie estaremos en condiciones de plantear fácilmente el problema de la pluralidad de significaciones del término, así como la cuestión del contenido conceptual común a las diferentes declaraciones relativas a las clases sociales.

Por de pronto, y en aras a la mejor comprensión por parte del lector, quiero señalar que en los capítulos que anteceden al análisis del concepto de clase habré de servirme del término «clase social» precisamente con arreglo a su significación más general a la par que más trascendental en la perspectiva histórica, habida cuenta la impeccedera vivacidad de los problemas a los cuales se aplica: es decir, con esa significación que, al referirnos, pongamos por caso, a la «lucha de clases» encierra bajo tal concepto tanto la sublevación de los esclavos o las guerras campesinas, las luchas de los plebeyos y los patricios en la Roma antigua, la lucha de la burguesía y la nobleza en las revoluciones modernas, como la lucha del proletariado contra el capitalismo o, incluso, la lucha del capital medio y del gran capital.

### *Materiales históricos y conclusiones generales*

A tenor de lo anteriormente escrito, este trabajo tiene un doble carácter y se plantea a sí mismo una doble tarea. A la luz de las experiencias del último período, intenta proponer ciertos problemas, que en el marco de

la sociedad de clases conservan en el curso de los siglos su trascendencia y actualidad. Al mismo tiempo, el autor desea aprovechar los resultados de las investigaciones comparativas con el fin de aprehender y subrayar las transformaciones históricas acontecidas en los siglos XIX y XX (véanse caps. V, VI, VII, VIII y XII).

Movido por el deseo de llevar a cabo —en la medida de lo posible— una sistematización de los modos fundamentales de interpretación de la estructura de clases, era imprescindible servirse de los materiales pertenecientes a las distintas épocas y a los distintos sistemas. De ahí que junto a los autores americanos se halle Aristóteles, y junto a Marx, Winstanley y los Padres de la Iglesia.

Pero este trabajo no ofrece ninguna reseña histórica de las posturas, los conceptos, ni las ideas. Su cometido no radicaba en este caso en una *historia* de los conceptos de la estructura de clases en los límites determinados por la selección de los materiales, sino en su *sistematización*. Tampoco este trabajo se planteaba la tarea de investigar el grado de divulgación de estos o los demás conceptos en las diferentes épocas, aun cuando en la medida de sus posibilidades el autor se esforzara por conseguir los materiales representativos para las diferentes esferas. Al efectuar la selección de los materiales se centró especialmente la atención en aquellas posturas que jugaron un papel trascendental en la historia del pensamiento social y de los movimientos sociales, ya que se trataba de que la sistematización a que se aspiraba fuese la sistematización de los aspectos de la estructura de clases más importantes en tanto que hechos de carácter social.

Como base para las generalizaciones sociológicas, la elección de los materiales cosechados a lo largo de milenios siempre resulta hasta cierto punto casual. El criterio que acabamos de enunciar hace un momento no nos salva de ello en modo alguno. Sin embargo, ciertas afirmaciones generales no requieren ninguna selección sistemática de los materiales ni ninguna indagación respecto de la representatividad de los datos. Incluso los datos muy fragmentarios permiten extraer ciertas con-

clusiones negativas, tales como la afirmación según la cual los diferentes tipos de conceptos sobre la estructura de clases, que fueron objeto de un examen en el presente trabajo, no se sujetan a las diferentes «formaciones» de las sociedades de clases o que la visión dicotómica de la estructura de clases no es característica solamente para las clases desposeídas. Para llegar a una conclusión semejante quizá puede bastar un solo caso, siempre y cuando sea objeto de un estudio a fondo dentro del contexto histórico.

A veces los materiales nos han permitido formular una hipótesis que exigía ser comprobada con otro material. Quiero referirme entre otras cosas a las conclusiones relativas a las circunstancias que propician la formación y la extensión de una u otra visión del sistema de relaciones sociales (como por ejemplo la última parte del capítulo II o el último pasaje del capítulo IV). Las conclusiones y aclaraciones generales, que pueden incluirse en el ámbito de la sociología del conocimiento, como por ejemplo las declaraciones dedicadas a los motivos de los litigios terminológicos en el capítulo XI, o las consideraciones sobre la relación entre la tipología de las interpretaciones de las estructuras sociales y la tipología de las estructuras en el capítulo XII, resumen unas experiencias que rebasan las de los materiales a que dichas conclusiones y aclaraciones se refieren directamente.

Hemos dicho hace un momento que nos hemos esforzado en la medida de nuestras limitadas posibilidades por conseguir la representatividad de los materiales, y que hemos tenido en cuenta su papel en la historia del pensamiento y de los movimientos sociales.

Sin embargo, cabe subrayar que dicha representatividad se refería en el mejor de los casos a la historia de la cultura europea. Sólo excepcionalmente —en contados casos— nos hemos servido de los ejemplos extraídos de las culturas asiáticas; incluso hemos mirado el Antiguo Testamento, en general, a través de las reacciones de los creyentes de la Biblia en el mundo cristiano. Por esa razón, y aun cuando en nuestras reflexiones sobre los

conceptos de la estructura de clases no hemos trazado ninguna frontera espaciotemporal, consideramos este trabajo como un estudio relativo a las sociedades de clases en el marco de la cultura europea.

Esto no significa que se deba pensar que un campo histórico tan extenso, un campo que partiendo de Aristóteles y los Padres de la Iglesia alcanza la contemporaneidad americana y soviética, no permita plantear las hipótesis más dilatadas, hipótesis que sobrepasan el carácter de generalización histórica en el marco de la cultura europea. No dudamos en absoluto que la distancia que media entre la sociedad de la Alta Edad Media y la actual sociedad francesa o noruega es mayor bajo el punto de vista de nuestra problemática que la distancia que media entre las sociedades medievales europeas y las sociedades medievales chinas o hindúes. Por ello existe cierta duplicidad al considerar nuestras conclusiones generales, incluido el cuadro de los esquemas de la estructura de clases que hemos trazado en el capítulo X, en el cual quisimos ver un intento de sistematización de los modos de interpretación de la estructura de clases en general, y no sólo unos modos de interpretación de la estructura de clases en el marco de la cultura europea. No se trata en este punto de un caso excepcional: todos los materiales de que el sociólogo puede servirse se hallan encerrados en unos límites espaciales y temporales determinados, y el asunto de los criterios de diferenciación de las generalizaciones históricas y de las generalizaciones sociológicas no es sencillo ni mucho menos.

La mayor parte de los materiales que utilizamos pertenece a la obra y las declaraciones de los distintos escritores. Algunos de ellos se refieren a los conceptos de un medio o de otro, como ocurre por ejemplo con los trabajos de los investigadores de campo norteamericanos contemporáneos. Pero son igualmente objeto de nuestro análisis las propias concepciones de los pensadores y teóricos, y a estos materiales dedicamos quizá el mayor espacio. De aquí que pueda surgir la duda de si el tema

no perdió sus contornos, de si en lo fundamental sigue tratándose en ellos del concepto de las estructuras de clases en la conciencia social.

Creemos que la tarea tipológica que se ha desgajado en esos capítulos no choca con el tema que ha sido puesto de relieve en el título, que no nos salimos pues de esas formas de concebir la estructura social, que desempeñaron en la vida social un papel importante y que entraron a formar parte del campo de los contenidos «socializados». Bajo este punto de vista los escritos de los autores del Evangelio y del Corán, las obras de Aristóteles y de Tomás de Aquino, de Adam Smith y de Marx, las Homilias de Juan Crisóstomo, las cartas de Babeuf, los artículos de Saint-Simon, las palabras de Spencer, los ensayos de Lenin, no representan para nosotros sólo a sus autores. Nos interesan aquí en relación con los procesos culturales de que participan, a raíz de los lazos de estos escritos con los medios en que vieron la luz y bajo cuya influencia se formaron.

### *Estructura del libro*

Además del capítulo introductivo, cuya finalidad es la de iniciar al lector en la problemática del presente trabajo, de aclarar su génesis y su objetivo y de ofrecerle aunque no fuere más que una interpretación provisional de ciertos términos, los capítulos del libro se dividen en dos partes.

Los capítulos de la parte primera están consagrados a los diversos tipos de interpretación de la estructura social. Los tres primeros tienen como objetivo la visión fundamental del sistema de relaciones en la sociedad de clases, las cuales hemos buscado en los diferentes sistemas y en las distintas épocas. Los tres capítulos siguientes (V, VI, VII) se refieren a las concepciones nacidas en el seno de las sociedades modernas de los siglos XIX y XX.

La segunda parte trata, a través de consideraciones

sintéticas, de aprovechar bajo los diversos puntos de vista las conclusiones extraídas en los capítulos de la parte primera.

Los capítulos VIII y IX abarcan el concepto de clases a la par que el problema de las relaciones entre el modelo de la clase social y la definición de las clases según los teóricos de los siglos XIX y XX. El capítulo X alude a las conclusiones de la parte primera de la obra y constituye un intento de clasificación de los tipos interpretativos de la estructura de clases, para lo cual son punto de partida las reflexiones sobre el concepto de las clases efectuadas en el capítulo IX. El capítulo XI desarrolla ciertas cuestiones surgidas a raíz de las consideraciones respecto al concepto de clases, y que han sido traspuestas al terreno de las consideraciones muy generales sobre la «sociología del conocimiento».

Finalmente, el capítulo XII analiza el problema de las relaciones entre los *tipos de interpretación* de la estructura de clases y los *tipos de estructuras clasistas*, trata de extraer ciertas conclusiones a raíz de las reflexiones sobre la durabilidad de los modos de concebir las relaciones interhumanas frente a las transformaciones sociales acaecidas en los últimos siglos, y, por fin, acomete el problema de las comparaciones históricas en relación con el destino de las ideologías revolucionarias.

## Primera parte DE LAS LEYENDAS BÍBLICAS A LA SOCIOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

## II. Visión dicotómica de la estructura de clases

### *Los unos sobre los otros*

La metáfora espacial, a la cual nos hemos referido en el capítulo anterior, a saber, la metáfora sobre la estratificación vertical de las clases sociales que representa a la sociedad como un conjunto de individuos de los cuales unos están arriba mientras que otros están abajo, es una de esas imágenes que no pierden nada de su vitalidad a lo largo de los siglos y que, tal y como parece atestiguarlo la historia de las diversas culturas, saltan espontáneamente a la imaginación.

Esa visión divulgada universalmente y que podemos considerar como un reflejo del sistema de clases en la conciencia social cuenta para sí, en la historia de la cultura, con el respaldo y la autoridad de los viejos mitos religiosos, tales como los relatos bíblicos sobre Cam, o el mito hindú que explica la génesis de las cuatro castas fundamentales.

Al pecado de Cam, cuya descendencia fue condenada por las maldiciones del enfurecido patriarca a servir por los siglos de los siglos a los descendientes de los honrados hermanos de su progenitor, a ese pecado, a esa maldición, se ha referido también san Agustín, cuando demostró que la esclavitud, aun siendo indigna de la naturaleza humana, está justificada por los pecados cometidos por dicha naturaleza; de la misma manera que los defensores de la servidumbre de los campesinos en el Medioevo, los pastores norteamericanos en la primera mitad del siglo XIX, blandiendo los argumentos de la Biblia, combatieron a los «abolucionistas» que aspiraban a la emancipación de los negros. En los libros sagrados del Veda, el sistema vertical de las capas sociales se halla

ilustrado en forma anatómica: los brahmanes salieron del adorno de la boca de Brahma, los chatrias de sus brazos, de los músculos de Brahma nacieron los vaisias y de sus pies salieron al mundo los zudras. Según el Corán, la estratificación social arranca directamente de la voluntad de Dios. Caín contra Abel, Ismael contra Isaac [sic], Esaú contra Jacob, representan los que ilegítimamente se apoderaron del poder y de la tierra y redujeron a sus hermanos a la servidumbre.<sup>2</sup> Como vemos, la interpretación de los mitos bíblicos no se preocupa grandemente, en estos adoradores de las Sagradas Escrituras, del contenido de la Biblia: sencillamente se aprovecha cada ocasión en que dos hermanos, uno bueno y el otro malo, pueden representar la división dicotómica de la sociedad en opresores y oprimidos.

«Y hemos dispuesto a los hombres en filas, unos encima de los otros, para que los unos puedan servir a los demás (Sur., XLIII - 31).»

Esa misma idea expresa la redondilla medieval inglesa inspirada de la filosofía oficial de la Iglesia:

*The rich man in his castle,  
The poor man at his gate.  
God made them high or lowly  
And ordered their estate.<sup>1</sup>*

La etimología de la palabra polaca *bogaty* \* expresa probablemente el mismo concepto.

El concepto de estructura social en tanto que sistema «vertical» se concreta bajo varias figuras. Cuando entramos en el folklore, cuando nos remitimos al legado de los activistas sociales —desde los profetas de Judea y de Israel hasta los manifiestos revolucionarios de los siglos XIX y XX— se llega a la convicción de que la más popular y, en cualquier caso, la más trascendental concepción social de la estratificación de la sociedad es un concepto dicotómico: la división de la sociedad en dos grupos; los unos están arriba y los demás abajo. Lo más importante —la idea fuerza— estriba en que se trata de su función en los movimientos sociales. Esta sencilla figura de la estratificación se halla respaldada igualmente por los mitos religiosos. Los *levellers* (los niv-

Por lo demás, por lo que respecta a los *levellers* la dicotomía se refiere sobre todo al problema de la posesión de la tierra. Winstanley, principal escritor del campo de los *levellers*, ve la génesis de la dislocación de la sociedad inglesa en la invasión de los normandos encabezados por el «bastardo» Guillermo, que redujeron a la esclavitud a la población inglesa, los Israelitas ingleses, tal y como lo escribe el citado autor, aludiendo nuevamente al Antiguo Testamento.<sup>3</sup>

Al asumir la defensa de la clase oprimida, Winstanley guarda silencio sobre el mito de Cam, que tan gustosamente solían aprovechar los representantes de la clase dominante. Para los *levellers*, Caín será el prototipo de los opresores privilegiados, y no esas figuras bíblicas que gozaron de la bendición divina. Pero la relación entre Caín y Abel es un asunto interesante para el sociólogo. El mito del primer fratricidio tuvo de hecho también otras interpretaciones.

«El ángel mandó a Caín —leemos en el compendio de leyendas cracovianas de Oscar Kolberg —que durante

1. «El rico, en su castillo; el pobre, en su puerta. Dios puso el uno arriba, el otro abajo y a cada cual le asignó su estado».

\* En polaco, *bogaty* quiere decir «rico». Este término encierra la raíz *Bóg*, o sea Dios; de ahí la afirmación del autor, según la cual podemos colegir que el rico —el que está por encima de los demás— lo es por voluntad divina. (N. del T.)

2. G. WISTANLEY, *The True Levellers Standard Advanced* (1649), citado según la ed. *The Works of G. Winstanley*, N. York, 1941, pp. 252-253.

3. *Ibid.*, p. 259.

su vida entera trabajara no sólo para sus propios hijos sino también para los descendientes de Abel, a los cuales autorizaba a vivir en el mundo sin hacer nada y gozando. Y es así como de Abel descienden los reyes y los señores, de Caín, los siervos, que trabajan en provecho de los señores (...). Y he aquí las cosas buenas que hiciera Caín: implantó la servidumbre; y ahora los pobres han de trabajar para los ricos.»<sup>4</sup>

Mientras que para los *levellers* Caín simbolizaba a los latifundistas, para los siervos con los cuales Kolberg entró en contacto Caín se había convertido en el prototipo del siervo. Esta misma dicotomía recibe pues un significado simbólico por parte de los que enarbolan el estandarte de la revuelta, diferente del significado simbólico que le asignan los que aceptan su sino con resignación conformándose con la ideología impuesta por los privilegiados. Szela,\* quien era aficionado a referirse a las Sagradas Escrituras, no habrá de ver en los latifundistas a los descendientes de Abel. Pero el grito de la revuelta puede llegar más lejos que con los *levellers*: puede atacar a la escala de valores que cada una de las partes en lucha se esforzaba en aprovechar en ventaja propia. Entonces Caín puede convertirse nuevamente en el símbolo de los oprimidos a los cuales la clase privilegiada despoja no solamente de los bienes terrestres, sino también del honor y de la buena fama, apoderándose al mismo tiempo del monopolio de las bendiciones de Dios, que está de parte de los potentados. Así concibe Baudelaire el enfrentamiento entre la «raza de Caín» y la «raza de Abel» en el verso irónico Abel y Caín. Por eso mismo, en lugar de rechazar la tesis según la cual los oprimidos son una raza maldita, el poeta se dirige a los malditos:

4. Agradecemos esta citación a Zbigniew Zaborski, antiguo asistente al Seminario Sociológico de la Universidad de Varsovia.

\* Jacob Szela (1787-1866) durante largos años fue representante de los campesinos en los procesos contra los latifundistas polacos. Fue uno de los cabecillas de la revuelta campesina de Galitzia en 1846. (*N. del T.*)

*Race de Caïn au ciel monte  
Et sur la terre jette Dieu!*

Y ahí tenemos una tercera versión de la interpretación clasista del mismo mito sobre el hermano bendito y el hermano maldito.

El mito védico sobre el origen de las cuatro castas fundamentales, que acabamos de citar hace un momento, tampoco cierra el camino ante el concepto de la estructura social en un esquema bipartito. Y, nuevamente, a las tendencias de las distintas clases responden diversas interpretaciones de la dicotomía anatómica: a tenor de una de las interpretaciones, el ombligo de Brahma separa a las dos castas superiores (Aria Varna) de las dos castas inferiores (Dasa Varna); de acuerdo con la segunda interpretación, una demarcación fundamental pasa por debajo de los muslos de Brahma: los zudras han sido creados con los pies del dios en señal de que han de servir a las tres castas superiores y de que su lugar se encuentra al pie de las mismas.

En el cristianismo la representación dicotómica de la estructura social ha sido traspuesta al mundo del más allá. La metáfora espacial cobra su sentido literal en relación con la topografía del cielo y del infierno: los beatos entran en el cielo, los condenados son precipitados al abismo. La transposición de la dicotomía terrenal al mundo del más allá cobra su más clara representación, no en los puritanos ingleses, para quienes, bajo ciertos aspectos, las relaciones sociales en el mundo de ultratumba pueden constituir la continuación de la estratificación económica terrenal, sino más bien en los albores del cristianismo, en san Lucas o en Santiago, donde la representación de la vida supraterrrenal se presenta al revés de las relaciones terrenales:

«Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios» (Lucas 6, 20).

«Porque es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios» (Lucas 18, 25).

«El hermano que es de humilde condición, gloriase en su exaltación; pero el que es rico, en su humillación, porque él pasará como la flor de la hierba. Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el rico en todas sus empresas» (Epístola de Santiago, 1, 9-11).

«Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo para que sean ricos en la fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?» (ibid., 2, 5).

No deja de ser particularmente representativa a este respecto la parábola de Lázaro y el rico (Lucas, 16, 19-31).

### Tres tipos de contraposición

La metáfora de la contraposición espacial (arriba y abajo) simboliza una relación que sin metáfora suele ser interpretada y formulada de diversas maneras. Entre las diferentes formulaciones nos encontramos con tres aspectos fundamentales de la dicotomía, los cuales res-

5. La aguda contraposición del mundo de los malditos y del mundo de los benditos, provechosa en varias situaciones, no satisficía manifiestamente todas las necesidades sociales bajo el punto de vista de la Iglesia católica, desde el momento que la Iglesia ha introducido en el mundo de ultratumba una tercera zona, una «zona intermedia» —el purgatorio— que no tiene ningún respaldo directo en los textos de la Biblia. Ciertamente esta zona no equivale al cielo y al infierno, en cierto modo es una zona temporal (su duración tiene un fin), en oposición con las dos zonas fundamentales, las cuales tienen una existencia eterna: tras el juicio universal, los habitantes del purgatorio entrarán en el paraíso, así como, en la visión del *Manifiesto comunista*, los miembros de la clase de la pequeña burguesía, antes de la llegada del último juicio universal terrenal, se encontrarán —salvo contadas excepciones— en las filas del proletariado. Pero precisamente esta temporalidad del purgatorio le permite a la Iglesia católica utilizar de acuerdo con sus necesidades tanto el esquema dicotómico como tripartito de la estructura del mundo ultraterrenal, y le ofrece, a este respecto, unas posibilidades de maniobras mayores que las que se les ofrecen a las sectas protestantes.

ponden a las tres categorías de privilegios de las capas superiores:

- a) Los gobernantes y los gobernados (o bien, dicho de una forma más próxima a la intuición de los gobernados: los que ordenan y mandan, y los que deben escuchar y obedecer);
- b) Los ricos y los pobres;
- c) Aquellos para quienes se trabaja y los que trabajan.

La «clase dominante» es una expresión que se refiere a la primera relación.

«Clase poseedora» y «clase desposeída» constituyen una formulación de la segunda relación. En la contraposición de los «explotadores» y los «explotados» se trata para nosotros de la tercera relación, aunque con esta última formulación advertimos ya una valoración de tipo moral. Una valoración moral más clara aún se desgaja de términos tales como «clase opresora» y «clase oprimida», «opresores» y «oprimidos», «explotadores» y «explotados». En este caso nos encontramos ante un «aspecto moral» de la dicotomía fundamental, tal y como se presenta a los ojos de los que se hallan abajo. Ahora bien, si hacemos abstracción del sentido valorativo, tratándose de analizar en qué categorías «objetivas» se da la relación concebida entre las capas superiores e inferiores, cabe, a juicio nuestro, limitarse a las tres relaciones fundamentales que acabamos de enunciar.

No se trata, claro está, ni de unas formulaciones que se excluyen entre sí ni intercambiables. En la mayoría de los casos vemos en ellas tres relaciones distintas que caracterizan la contraposición entre las capas superiores e inferiores en esos mismos casos, aun cuando una de esas relaciones suele considerarse como fundamental bajo el punto de vista de los nexos causales. Esta relación fundamental es la primera (gobernantes - gobernados) o la segunda (ricos - pobres). En la tercera relación (aquellos para quienes se trabaja - los que trabajan) suele ver-

se generalmente el resultado de la primera o la segunda relación o bien de la primera y la segunda: se trabaja para aquellos que gobiernan, porque gobiernan; se trabaja para los ricos, porque son ricos.<sup>6</sup>

Tratándose de la primacía de la primera o la segunda relación, la asociación del poder y la riqueza permite una doble interpretación dicotómica de la estructura social:

a) La primacía del poder se expresa a través de esta fórmula: los que están arriba son ricos porque gobiernan. «La posesión del poder es fuente de riqueza» dice Ibn Khaldún.<sup>7</sup>

b) Los de arriba gobiernan porque son ricos; ahí la fórmula que confiere la primacía a la riqueza. Este concepto responde al postulado de la ideología capitalista, a la par que constituye una conclusión de las tesis del materialismo histórico, cuando menos con respecto a la sociedad capitalista.

6. Algunos decenios antes de la Revolución Francesa (posiblemente por los alrededores del año 1711) esta multiplicidad de aspectos de la condición de inferioridad de los «pobres» respecto de los «poderosos» fue puesta claramente en evidencia en el «Testamento» del párroco J. Meslier, quien indudablemente miraba estas cosas con los ojos de sus fieles de Estrepigny: «Existe una desproporción tan extraña y odiosa entre los diferentes estados y condiciones de los hombres que coloca, como lo vemos manifestamente, toda la autoridad, todos los bienes, todos los placeres, todos los contentamientos, todas las riquezas y hasta la ociosidad del lado de los grandes, de los ricos y de los nobles, y pone del lado de las pobres poblaciones todo lo que existe de penoso y de abrumador, a saber, la dependencia, los cuidados, la miseria, las inquietudes, todas las penas y todas las fatigas del trabajo; esta desproporción es tanto más injusta y odiosa cuanto que los coloca a todos bajo la entera dependencia de los nobles y de los ricos y los convierte, por así decirlo, en esclavos suyos, hasta el extremo de que se ven obligados a sufrir no solamente todos sus exabruptos, sus desprecios y sus injurias, sino también sus vejaciones, sus injusticias y sus malos tratos.» (*Testament de Jean Meslier*, Amsterdam, 1864, vol. II, p. 178.)

7. *Les prolégomènes*, traducción francesa, vol. II, París, 1930, p. 339.

Durante el período de la Primera Guerra Mundial, Spengler afirmó, no sin cierto fundamento, que el sentido que se confería a las diferencias de clases en Inglaterra y en Prusia no era similar, ya que en la conciencia de la población inglesa la estructura de clases se asentaba en la contraposición de los ricos y los pobres, mientras que para los habitantes de Prusia el pueblo se divide en primerísimo lugar en los que mandan y en los que obedecen.<sup>8</sup>

En cuanto se refiere al tercer aspecto de la dicotomía, es posible que, bajo el punto de vista de los nexos causales, la explotación del trabajo ajeno pueda considerarse como el resultado de las relaciones de poder o de las relaciones de propiedad, pero a los ojos, claro está, de las capas desposeídas y de quienes salen en defensa de las clases oprimidas, la oposición entre aquellos para quienes se trabaja y los que trabajan, se convierte en una relación fundamental en otro sentido. Pues esta relación es la que más directamente determina el curso de la vida del hombre que trabaja y le confiere un sello específico a su actividad permanente, trátase, bien de un trabajo productivo para cualquier beneficio, bien de un servicio personal en provecho de un hombre que quizá trabaja. Esta relación se manifiesta en un esfuerzo muscular cotidiano, que no se halla aliviado por ningún atractivo ligado a la imaginación de sus frutos. El continuo trabajo obligatorio «para alguien» abruma al ser humano física y espiritualmente. Nada de extraño que los que se encuentran en esta situación consideran el carácter opuesto de las capas sociales bajo ese punto de vista.

### Abejas y zánganos

Las relaciones entre los que trabajan y los que no trabajan, mucho más quizá que las relaciones de propie-

8. O. SPENGLER, *Preussentum und Sozialismus*, 1919.

dad o de poder, resuenan en la sediciosa pregunta del siglo XIV, que bajo las más diversas paráfrasis dio la vuelta a Europa:

*When Adam dug and Eve span,  
Who was then the gentleman?*<sup>9</sup>

Este aspecto de las relaciones entre la capa privilegiada y la capa desposeída, la explotación del trabajo de las clases desheredadas, es lo que domina en la conciencia de los revolucionarios y en su propaganda combatiente:

«Los especuladores y los comerciantes —escribe Babeuf en su carta a Charles Germain— se asocian entre sí para reducir a su merced al productor efectivo y para poderle decir a cada momento: trabaja mucho, come poco, si no ni tendrás trabajo ni tendrás para comer en absoluto.»<sup>10</sup>

Y es precisamente de este rasgo de las relaciones interhumanas que se desgaja la teoría marxista de la «plusvalía». «Las clases —aclara Lenin— son grupos de hombres, entre los cuales unos pueden apropiarse el trabajo de los demás, gracias al lugar distinto que ocupan en un determinado sistema de economía social.»

Para Babeuf, así como para los socialistas y comunistas de los siglos XIX y XX, la *causa* de la explotación, el origen de la «explotación del hombre por el hombre» radica en la concentración de los medios de producción en manos de los capitalistas. Ahora bien, la dependencia entre las relaciones de propiedad y la explotación no es unilateral: la riqueza o la coacción física constituye una fuente de explotación; pero cuando el proceso de explotación ya se halla en curso, la explotación de las masas trabajadoras se convierte en la *causa* del incremento u

9. «Cuando Adán cavaba la tierra y Eva hilaba, ¿quién era entonces el hidalgo?» (Texto del sermón revolucionario de John Ball en Blackheath, en la Revuelta de Wat Tyler, 1387, *Dictionary of Quotations*, Oxford, 1941, p. 527b).

10. Trad. de Malewska: Suplemento a la trad. polaca del *Código de la naturaleza* de MORELLY, Varsovia, 1953, p. 155.

terior de la riqueza en manos de los explotadores. El trabajo del obrero multiplica la riqueza o el poder de quienes con su riqueza o su poder lo obligan a trabajar en provecho suyo. De este dramático círculo y sus consecuencias, quiere dar conciencia Shelley al pueblo en sus impresionantes estrofas tituladas *A los hombres de Inglaterra*:

*Men of England, wherefore plough  
For the lords who lay ye low?  
Wherefore weave with toil and care  
The rich robes your tyrants wear?  
Wherefore feed and clothe us save,  
From the cradle to the grave  
Those ungrateful drones who would  
Drain your sweat-nay, drink your blood?  
Wherefore, Bees of England, forge  
Many a weapon, chain and scourge,  
That these stingless drones may spoil  
The forced produce of your toil?*<sup>11</sup>

La correlación entre la riqueza y el aprovechamiento del trabajo ajeno es uno de los frecuentes motivos del folklore de los más diversos países. Conocemos empero un concepto dicotómico de la estructura social, cuyos heraldos —la vanguardia de la burguesía de mediados del siglo XIX— se afanan por destruir, tomando como base, al mismo tiempo que la dicotomía, la tercera relación de nuestro esquema. Queremos aludir en este caso a la contraposición sansimoniana de la clase trabajadora (o de las clases trabajadoras) y de la clase ociosa o de la clase productora y la de los consumidores que nada producen.<sup>12</sup>

11. *Song to the Man of England* (1819).

12. Este aspecto de la estructura social en los sansimonistas ha sido analizado por N. Assorodobraj en su interesante trabajo *Elementy swiadomosci klasowej mieszczanstwa* («Los elementos de la conciencia de clase de la burguesía»), en «Przegląd Sociologiczny» («Revista sociológica»), 1948.

En el citado ensayo de Nina Assorodobraj,<sup>13</sup> Saint-Simon emplea la misma metáfora que hace un momento citábamos en la poesía de Shelley, comparando las clases antagónicas a las abejas y los zánganos. (*Sur la querelle des abeilles et des frelons ou sur la situation respective des producteurs et des consommateurs non-producteurs.*)

Pero la línea divisoria está concebida de tal modo, que la clase trabajadora encierra también en este caso a los *riches travailleurs*:<sup>14</sup> industriales, comerciantes, banqueros, de tal manera que, en la clase sansimoniana de los productores, se encuentran, junto a los «verdaderos productores» de la dicotomía de Babeuf, sus peores explotadores; o sea que entre las abejas sansimonianas figuran los zánganos del manifiesto poético de Shelley, que chupan la sangre de las abejas.

La contraposición sansimoniana de los trabajadores y los no trabajadores, desembarazada en interés de la clase triunfadora, de la correlación con la contraposición de los ricos y los pobres y por añadidura de la contraposición entre los que gobiernan y los gobernados, deja de ser ya un aspecto de la disposición vertical en la estructura social. La caracterización de los no trabajadores en tanto que zánganos tiende precisamente a arrancarle los últimos privilegios a la clase hasta entonces dominante: los privilegios del prestigio social. Pero la propia concepción de una «clase trabajadora» tan amplia en la cual la posición económica del individuo es el coeficiente, el patrón de sus méritos sociales, (concepción que elimina del campo de observación la estratificación en el seno de esta gran «clase») habrá de corresponder, cien años más tarde, a la concepción del país del socialismo, cuando en él será emprendida la lucha contra la tendencia a nivelar la participación en la renta social cuando aparecerán grandes diferencias salariales entre las masas trabajadoras.

13. *Ibid.*, p. 154.

14. *Ibid.*, p. 157.

Ahondemos más aún en el remoto pasado de la sociedad con estructura clasista. En cuanto respecta al problema de la primacía del poder directo o a la primacía de la preponderancia económica en la explotación del trabajo ajeno (poder de mando o privilegio de la riqueza), en la Antigüedad el problema de las relaciones entre los que trabajan y los que se benefician de su trabajo se planteaba en ambos planos.

En Aristóteles, la dicotomía fundamental en la estructura social consiste en la división entre los hombres libres y los esclavos; dicotomía perpetua que, contrariamente a las afirmaciones de la escuela de los cínicos, debía hallar un fundamento natural en los tipos de la naturaleza humana. Ciertamente que Aristóteles se interesa por la estratificación económica entre los ciudadanos libres, pero como quiera que a juicio suyo la mejor situación a este respecto es la condición media,<sup>15</sup> le aparece con mucho más relieve que la otra contraposición fundamental. Por lo demás, Aristóteles se inclina por cargar a las espaldas de los esclavos cualquier trabajo físico, de tal forma que en la sociedad por él postulada la contraposición: hombre libre - esclavo, sería equivalente a la contraposición: trabajador - no trabajador. En la sociedad griega antigua y en la sociedad romana, la contradicción de clases determinada por la relación amo - esclavo, o sea por la dependencia personal expresada en la relación de poder y la explotación directa e incondicional, no coincide, claro está, con la contraposición, basada en la posición legal del individuo, entre el hombre libre y el esclavo. La identificación de estas dos contradicciones (por ejemplo considerando cada ciudadano libre como un amo potencial) simplificaba y facilitaba la interpretación dicotómica de la estructura social pero entraba en conflicto con la realidad.

En el Imperio romano, a partir del siglo I después

15. *Política*, IV.

de Cristo y cuando el número de esclavos disminuye y mejora su situación social, otra división centra la atención general: la división de los ciudadanos entre poseedores (media y gran «burguesía») y no poseedores. Esta división se institucionaliza en unos términos no económicos *honestiores* y *humiliores*,<sup>16</sup> mas esto no altera en lo más mínimo las cosas; estos nombres sólo atestiguan, al igual que ciertos pasajes de la Epístola de Santiago (2, 2-4) el prestigio de la riqueza.

En los escritos de los Padres de la Iglesia el problema fundamental de la desigualdad social no se asienta en la plataforma: hombre libre - esclavo o amo - esclavo sino en el plano económico. Es verdad que las reflexiones de san Agustín sobre la estructura social de la *civitas terrena* afectan a las relaciones: amo - esclavo y rico - pobre. El sutil predecesor de Hegel, extrayendo con el método dialéctico unas conclusiones que contradicen las premisas a las cuales alcanzara, justifica tanto la existencia de los ricos y de los pobres en la comunidad cristiana como la existencia de la esclavitud. Pero incluso para él la estratificación social está edificada ante todo sobre las relaciones de propiedad. Para los escritores cristianos de los cinco primeros siglos de nuestra era los dos capas en que se divide la sociedad son, por lo común, los ricos y los pobres. Y aquí no se trata ya de ninguna cuestión de ideología. Así es como ven la estructura social tanto los Padres de la Iglesia que luchan en defensa de los oprimidos y tienen ante los ojos la visión de la sociedad comunista, como los que defienden el orden establecido y los intereses de las clases privilegiadas.

Para unos como para otros la división entre trabajadores y no trabajadores es consecuencia de aquella oposición. Mientras que para Aristóteles las necesidades sociales que requieren un trabajo físico pueden ser satisfechas sólo mediante la existencia de los esclavos, para los escritores cristianos del siglo IV y V esas necesidades si-

lamente son satisfechas merced a la existencia de los pobres. Si sólo existiesen los ricos, escribe san Juan Crisóstomo, «no habría obreros, arquitectos, zapateros, panaderos, labradores, herreros, cordeleros ni artesanos de ninguna especie. ¿Qué hombre rico iba a aceptar el trabajar en unos oficios tan deshonorosos y penosos que hasta los artesanos enriquecidos no quieren dedicarse más a ellos?»<sup>17</sup> Aquí no se trata ya de un cambio de perspectiva: en el curso de unos siglos se han producido en la realidad social ciertos cambios que afectan el sistema de relaciones interhumanas.

San Juan Crisóstomo expresa incluso claramente que habla de los pobres y no de los esclavos, puesto que ya no hay esclavos en la comunidad cristiana. Por lo demás se trata en este caso de un postulado acorde con la tendencia del desarrollo más que de una descripción del estado de cosas existente.<sup>18</sup>

### Clases correlativas

A la hora de analizar en la historia de la cultura la tendencia relativa a la concepción dicotómica de las relaciones interhumanas en las distintas sociedades de estructura compleja, cabe distinguir dos cosas:

a) En primer lugar, puede darse el caso de que sean subrayadas las relaciones antagónicas en la sociedad, o sea de unas relaciones en las que una de las partes se sitúa «arriba» y la otra «abajo», en las que la una explota a la otra, la primera manda y la segunda obedece, sin que ello presuponga en lo más mínimo que los que se encuentran arriba y los que están abajo formen dos grandes clases que se contrapongan entre sí en tanto que dos conjuntos. Clases pueden haber muchas más, ahora bien.

16. T. WALEK-CZERNECKI, *Historia económica del mundo antiguo*, t. II, Varsovia, 1948, pp. 262-263.

17. Homilía 34, *Sobre la primera carta a los Corintios*.  
18. *In acta apost. hom. II*. Cito según G. WALTER, *Les origines du communisme*, París, 1931, pp. 159 y 162.

lo que importa es que cada una de ellas está subordinada en forma análoga a otra clase cualquiera: el siervo es un hombre cuya posición social se halla determinada por sus relaciones con el señor, al igual que la posición del aprendiz está determinada por sus relaciones con el maestro de la corporación.

b) La segunda eventualidad estriba en que el conjunto de la sociedad sea considerado bajo el aspecto de una colectividad cuya estructura está compuesta de dos capas. En los ejemplos que acabamos de considerar aducíamos a la segunda eventualidad: buscábamos unas representaciones de la sociedad concebidas conforme al esquema dicotómico.

Ambos tipos conceptuales de la contraposición de las clases los encontramos en el *Manifiesto comunista*: el primero, en la representación de las sociedades pretéritas; el segundo en la representación de la tendencia al desarrollo de la sociedad contemporánea al *Manifiesto*:

«La historia de toda sociedad ha sido hasta la fecha —escriben los autores del *Manifiesto*— la historia de la lucha de clases: libertos y esclavos, patricios y plebeyos, señores feudales y siervos, en una palabra opresores y oprimidos, siempre estuvieron enfrentados unos a otros, sosteniendo una lucha ininterrumpida, a veces soterrada, a veces abierta (...). En las épocas tempranas de la historia encontramos casi por doquiera una división total de la sociedad en capas distintas, una jerarquía multiforme de posiciones sociales (...).»

«Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue (...) por haber simplificado las contradicciones de clases. La sociedad entera se va escindiendo cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente opuestas la una a la otra: la burguesía y el proletariado.»

La concepción dicotómica de la estructura social es una generalización aplicada a la sociedad entera de una relación de dos cuerpos asimétricos, por cuanto uno de los cuerpos se halla privilegiado a costa del otro. Así con-

cebida, la sociedad se escinde en dos clases correlativas y contrapuestas de tal manera que cada una de ellas caracteriza la relación de cada uno de sus miembros con los individuos de la clase opuesta.

Ya se ha dicho que esta relación asimétrica cobra una forma tripartita: en tanto que relación de poder, en tanto que relación de explotación del trabajo ajeno y como relación que se halla definida con las palabras «ricos y pobres» o bien «poseedores y no poseedores». Cabría pensar que este último aspecto de la dicotomía no ofrece base alguna para hablar de las clases correlativas, puesto que si no es posible definir a los gobernantes sin referirse a sus relaciones respecto a los gobernados, se puede caracterizar a la clase de los ricos sin aludir a sus relaciones con los pobres. En este caso, nos encontraríamos, no con una correlación de clases sino con una jerarquía de la riqueza, de la misma manera que en el esquema tripartito (al que nos referiremos en el siguiente capítulo), sólo que en forma polarizada.

Ahora bien, pensamos que ésa sería una injusta interpretación del esquema dicotómico en la conciencia social, que la concepción dicotómica de las relaciones de propiedad es precisamente la expresión de nuestra convicción de que en este caso nos hallamos ante una correlación y una oposición en las relaciones verdaderas y no sólo en la manera de formularlas, que la existencia de los ricos está condicionada por la existencia de los pobres y al revés: condicionamiento que se explica por una parte debido a que la cantidad de riquezas está limitada (puesto que uno posee demasiado mientras que otros no tienen lo bastante), por otra parte, por esos aspectos de la dicotomía que conciernen a las relaciones de explotación y de poder, relaciones ligadas causalmente con la relación entre ricos y pobres.

Casi mil quinientos años antes que Proudhon, san Juan Crisóstomo proclamó que la fuente de la propiedad privada es siempre algún crimen o una injusticia.<sup>19</sup>

19. *1 Tim, hom. 12*, según WALTER, *op. cit.*, p. 150.

En las sociedades que son objeto de nuestro análisis en las sociedades con una estructura diferenciada, aun que sólo fuere en el grado de la estructura de la polis griega, la aguda división dicotómica entre los que se hallan arriba y los que están abajo entra generalmente en conflicto con la experiencia cotidiana si se la considera en términos absolutos como la única división realmente trascendental para la situación del individuo en la sociedad.

Cuando nos hallamos ante una división basada en las relaciones de propiedad (ricos y pobres), la dicotomía suele entrar en colisión con el hecho de que la riqueza está sometida a una gradación, de que existe toda una escala de posiciones intermedias. Cuando como base de la división de clases se toman los privilegios de estamento o de casta, el choque con la realidad suele aparecer siempre en aquellos casos en que la jerarquía estamental o de casta no se halla limitada a la oposición de los libertos y los esclavos o de los nobles y los miembros del estado llano; pues al fin y al cabo, hasta en las repúblicas democráticas griegas, junto a los ciudadanos y los esclavos bien existían los metecos.

A menudo se interfieren dos dicotomías basadas en diversos criterios; en determinadas situaciones la una y en otras situaciones la otra, parece ser la más trascendental. El mismo cruce de dos divisiones dicotómicas discordantes entre sí basta para la aparición, cuando menos, de una tercera categoría. De esta manera surge ya sobre el mito védico relativo a la génesis de las castas se da el caso que los vaisias constituyen el grupo que el ombligo de Brahma separa de las dos castas superiores y que las rodillas de Brahma separan definitivamente y en absoluto de los zudras. En la representación de la sociedad griega aparece el sistema tripartito, pues que entrecruzamos la división dicotómica entre liberto

y esclavos con la dicotomía que contrapone a los trabajadores y los no trabajadores.<sup>20</sup>

Tenemos asimismo que la reunión de las dos divisiones dicotómicas viene a complicar la imagen de la sociedad moderna. Si comparamos el concepto dicotómico de la estructura social de Babeuf con la concepción dicotómica de Saint-Simon, veremos que —como ya se ha dicho— Babeuf incorpora en la clase de los explotadores un grupo que Saint-Simon opone a la clase de los ociosos como una parte de la clase trabajadora, juntamente con todos los que Babeuf definiera como la clase explotada de los productores verdaderos.

En la concepción marxista de las clases sociales en tanto que grupos determinados por las relaciones existentes respecto a los medios de producción, nos encontramos ante el problema de los tres criterios de la división dicotómica, dos de los cuales se hallan considerados de un modo particularmente trascendental:

- a) la posesión o la no posesión de los medios de producción;
- b) el empleo o el no empleo de la fuerza de trabajo asalariada.

Y nuevamente el cruzamiento de estas dos divisiones, cada una de las cuales es importante, encamina hacia el sistema tripartito a través de la segregación de la clase de los que poseen medios de producción pero no emplean fuerza de trabajo asalariada de ninguna especie.

Y aquí, no se trata solamente de una cuestión de clasificaciones teóricas. A lo largo de las dilatadas luchas sociales se desplaza la línea frontal en relación con la existencia de unos grupos que unas veces se unen con los de abajo contra los de arriba, otras veces con los de arriba contra los de abajo, de acuerdo con el curso de los acontecimientos; la creación sucesiva de las coaliciones sociales multilaterales, incluidas las alianzas momentáneas de la clase superior con la clase más inferior con-

20. Cf. ARISTÓTELES, *op. cit.*

tra la clase media, constituye un fenómeno que proyecta una luz imperativa en cuanto a la coexistencia de la multiplicidad de las contradicciones clasistas, y complica la representación de la estructura social.

Cabe buscar ejemplos a este respecto tanto en la historia de las repúblicas italianas de las postrimerías del Medioevo, como en la historia de las guerras husitas, la Revolución de Cromwell, la Gran Revolución Francesa en la historia de las luchas sociales en Francia a mediados del siglo XIX o en la historia de las luchas sociales de la República Romana desde los tiempos de Claudio Appio (a finales del siglo III a. d. C.).

Dado que, pese a todos esos choques con la realidad la concepción dicotómica de la estructura social se halla tan extensamente generalizada en la historia de las sociedades de clases, vale la pena pararse a pensar en cuáles son las condiciones que propician el surgimiento de tal representación, especialmente habida cuenta que la tendencia al concepto dicotómico de la estructura social no es propia tan sólo de una sola clase.

Si nos abstraemos de cierto factor psicológico, la inclinación general a centrar la atención en torno a los extremos, estaremos en condiciones de distinguir dos categorías de circunstancias propicias.

La primera categoría está formada por aquellos rasgos de la estructura social que justifican que una sociedad dada se acerque objetivamente más que otras al esquema dicotómico. Así, por ejemplo, bajo el sistema esclavista tendremos la gran distancia que media entre las posiciones sociales del esclavo y la esfera incluso más baja de los libertos. Estas relaciones las encontramos, pongamos por caso, en la primera mitad del siglo XIX en los estados del Sur de Norteamérica en comparación con la situación, mucho mejor, de los esclavos en numerosos países del mundo antiguo en las distintas épocas.

En cuanto a las sociedades modernas se refiere, esta circunstancia propicia reside en el alto grado de polarización económica, en la tremenda coexistencia de la riqueza y la miseria.

La segunda categoría se da en las circunstancias que llevan a que la representación dicotómica de la estructura social les parece justificada a ciertas clases sociales o favorece sus intereses. Intentemos poner de relieve aunque sólo sean algunas de estas circunstancias:

a) En las sociedades caracterizadas por una dolorosa opresión o por la explotación de una clase por otra, las relaciones antagónicas velan fácilmente a los ojos de la clase humilde la existencia de otros grupos y de otros conflictos. Esta relación antagónica se extiende a la sociedad entera. Nos hallamos ante esa situación en diferentes sistemas sociales. Para el siervo campesino la sociedad se compone ante todo de los señores y los campesinos, para el obrero fabril, de obreros y capitalistas. Se sabe también que existen otros grupos los cuales están relegados al margen de la conciencia, cuando se quiere subrayar y poner en evidencia la construcción del mundo, lo más importante bajo el punto de vista de las perspectivas de clase. La diferenciación jerárquica de las clases privilegiadas es por lo demás, bajo el punto de vista de la clase más baja, una cuestión que, en unas condiciones normales, está totalmente desprovista de significación. «La aristocracia —escribía el joven Engels— es la aristocracia, es un grupo privilegiado, sólo para la burguesía, pero no para el proletariado. El proletariado sólo ve, así en los unos como en los otros, a unos explotadores. Ante el privilegio de propiedad se esfuman todos los demás privilegios.»<sup>21</sup>

b) En las clases privilegiadas cuyo dominio sobre las demás está sólidamente establecido y las barreras que las separan de las demás capas son rígidas y poco permeables, o sea, en primerísimo lugar, bajo el sistema estatal, la aguda contraposición de la propia clase al resto de la sociedad puede suponer el reflejo de la aspiración a alargar la distancia en relación con todas las

21. «Die Lage der Arbeitenden Klasse in England», en MARX-ENGELS, *Gesamtausgabe*, Ab. I, Bd. 4, p. 261.

demás clases, ya que la situación de la clase dominante aparece tan segura que no es preciso buscar aliados en las clases más bajas, gracias a la utilización de la política del «*divide et impera*». En tales condiciones, el incremento de las distancias conduce a la extensión del campo de los privilegios propios. Esta tendencia aparece con gran claridad en los medios —muy populares entre la aristocracia— de los representantes de la nobleza polaca a raíz de su triunfo en el siglo XVI, cuando en la República Polaca se llevó a cabo la dictadura de clase en un sentido mucho más estricto que en nuestro siglo la dictadura de clase en los países donde ha triunfado el proletariado.

Una figura como Orzechowski, aplica, en su *Polityca*, a Polonia la antigua división de la población en libertos y esclavos de tal manera, que, según él, en la República Polaca sólo los nobles corresponden a los libres ciudadanos de los estados de la Antigüedad, mientras que la división fundamental entre la nobleza y el estado llano reside en la oposición entre los que mandan y los que han nacido exclusivamente para obedecer.<sup>22</sup>

La estructura dicotómica es el programa de la democracia nobiliaria, bien triunfante como en Polonia, bien bajo forma de postulado. En una obra publicada fuera de Francia después de la muerte de Luis XIV y tras el fallecimiento del propio autor,<sup>23</sup> Henri de Boulainvilliers adelanta la teoría de un antagonismo racial entre la nobleza francesa y la población perteneciente al estado llano de dicho país. En este caso, la agudeza de la contraposición está ligada a la defensa de las libertades de la nobleza, ahogadas por el absolutismo de los reyes franceses, quienes, según el autor, se apoyaron sobre los plebeyos romano-galos para la consecución de sus planes.

En la América liberada, la concepción dicotómica de

22. Véase M. OSSOWSKA, *Moralność mieszczańska* («La moral burguesa»), Lodz, 1956, p. 38 y nota.

23. *Histoire de l'ancien gouvernement de France*, La Haya 1727.

la estructura social fue proclamada por el adversario de Jefferson, Hamilton, quien hubiese querido convertir a la plutocracia norteamericana en una clase hermética a imagen y semejanza de la aristocracia europea. Para Hamilton, la estructura en dos capas constituye un postulado que esgrime como argumento en favor de un Senado aristocrático integrado por representantes de la plutocracia elegidos a perpetuidad.

«Cada sociedad —afirma Hamilton— se divide en los que son pocos y en los que son numerosos. Los primeros son ricos y bien nacidos, mientras que los segundos forman la masa de la población, que raras veces suele ser capaz de juicios acertados y decisiones justas.»<sup>24</sup>

Pero la voz de Hamilton era la voz de un hombre vuelto hacia el pasado y que no podía hallar resonancia alguna en la nueva República. El catecismo ciudadano, con el que se educan los niños norteamericanos, el «American Creed», tan provechoso para el sistema dominante, reparte de otras premisas. Al igual que en otros países capitalistas, también en Norteamérica la propaganda de la clase dominante lucha contra la agudeza de los contrastes en la visión de la estructura social, por cuanto combate contra la idea de la lucha de clases. Cabe buscar el aspecto dicotómico de la estructura social en los Estados Unidos en otro lugar: en el campo de las relaciones entre la población negra y la población blanca. En este terreno, la dicotomía se ha conservado hasta nuestros tiempos incluso: como es sabido, en la estructura de castas de los estados meridionales de Norteamérica no hay ninguna categoría intermedia entre el negro y el blanco.<sup>25</sup>

c) Durante los períodos de luchas sociales la tendencia a concebir el sistema existente a través del esquema dicotómico, a desviar la atención de las posiciones intermedias entre los grupos en lucha, se convierte en un importante factor propagandístico para quienes la estrate-

24. Ch. y M. BEARD, *The Rise of American Civilization*, vol. I, Nueva York, 1930, p. 316.

25. Véase cap. VII: «El fondo de contraste».

gia de la lucha sugiere poner de relieve sólo una línea del frente. En el año 1789, cuando se trató de cimentar todas las clases que integraban el estado llano para luchar contra la aristocracia y el antiguo régimen, el Abate Sieyès, en el célebre ensayo *Qu'est-ce que le Tiers-État* reelabora el concepto del antagonismo de las dos razas: la raza germana (la aristocracia) y la galo-romana, formada en tiempos de Luis XIV por Henri de Boulainvilliers con unos motivos totalmente diferentes.

En el año 1795, Babeuf, al dividir la población de Francia en 24 millones de verdaderos productores, de provistos de los medios para satisfacer sus más elementales necesidades, y en un millón de explotadores, no toma en consideración a las gentes que tienen una posición económica media.

Marx y Engels, cuya estrategia de la lucha ofrece asimismo una visión dicotómica de la sociedad, aplican esta visión al futuro sin deformar la realidad contemporánea de su época, postulando una polarización de la sociedad como resultado de su ulterior desarrollo histórico.<sup>26</sup> El aspecto dicotómico marxista de la estructura social ha de verse enriquecido más tarde con la visión dicotómica de la cultura, lo cual no está desligado de las funciones combativas de la doctrina marxista. Esto se refleja entre otras cosas en la teoría leninista de «las dos corrientes en la cultura».

La visión simplificada de la estructura de clases tal y como aquí se formula no es sólo un problema de «perspectiva social» como en los casos analizados anteriormente, sino que se trata a la vez del resultado de la estrategia consciente de uno de los campos en lucha.

26. Tal polarización debida a la desaparición de la clase media (*Ruin der kleinen Mittelklasse*) la vaticinó Engels cerca de tres años antes de la aparición del *Manifiesto comunista*. *Op. cit.* p. 309.

### III. Esquema de gradación

*Las clases medias  
en el doble sentido interpretativo*

En la última parte del capítulo anterior hemos hablado de los hechos que complican la representación de la estructura social y proyectan el concepto de las clases intermedias, lo cual contrasta con la tendencia a concebir la realidad social a través de un esquema dicotómico. Como sabemos, los hechos son impotentes ante las imágenes estereotipadas que dimanar de las motivaciones emocionales. El esquema mental enraizado en la conciencia social puede oponerse victoriosamente a la realidad dentro de ciertos límites. En caso de necesidad, siempre es posible encontrar argumentos o interpretaciones capaces de volver inofensivos los hechos indeseables. Así, por ejemplo, la multiplicidad de los antagonismos de clase puede desaparecer de la representación de la estructura social, interpretando y considerando sólo uno de dichos antagonismos como esencial y calificando los demás como «una simple rencilla familiar».

Existen sin embargo varias motivaciones sociales que hacen que los hechos en cuestión asuman una trascendencia y centren suficientemente la atención como para que la realidad social aparezca bajo una forma mucho más compleja que la que proyecta el esquema dicotómico. El agudo carácter de la división social en dos cuerpos contrapuestos, agudeza que ciertas clases están interesadas en resaltar, puede chocar con los intereses de otras clases. Pero la diferencia en los aspectos de la estructura de clases no siempre es posible esclarecerla de esa manera: no es difícil encontrar ejemplos ilustrativos de que en un mismo medio de clases el aspecto dicotó-

mico se transforma en aspecto tripartito de esa misma sociedad, según la situación.

No vamos a detenernos aquí en averiguar por qué razones Juan Crisóstomo, pongamos por caso, quien en su enorme masa de escritos nos ha legado un cuadro tan realista de la vida social de su tiempo, en el período inicial de su actividad dividió la sociedad cristiana en tres clases,<sup>1</sup> mientras que a la vuelta de unos años, siendo ya obispo de Constantinopla, simplifica, en la parábola de la ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres, la estructura social, distinguiendo sólo a los ricos y los pobres, sin que medie entre ellos ninguna otra clase. En el capítulo venidero nos referiremos a la interferencia que se manifiesta entre el esquema dicotómico y los esquemas multipartitos en las obras de Marx.

La introducción de las clases intermedias no cierra la posibilidad de una interpretación muy diversa de la estructura social, pues las clases intermedias pueden desempeñar un papel variado en la representación de la sociedad.

De los dos conceptos extremados de las clases intermedias, a los que corresponden los dos aspectos de la estructura tripartita, uno de ellos cabe ligarlo al nombre de Marx, y el segundo al nombre de Aristóteles.

Según el primero las clases fundamentales en la estructura social son las dos clases extremas. La clase media, a la vez menos importante y menos estable, es la típica clase colindante, la cual en caso de producirse conflictos suele unirse bien a una bien a la otra de las clases opuestas.

La existencia en sí de la clase media no le quita a la estructura social su carácter dicotómico, ahora bien, suaviza esa dicotomía. Cabe afirmar, pues, que según esta concepción el carácter tripartito promovido por la existencia de la clase media constituye una desviación de tipo ideal de la dicotomía.

Según la concepción aristotélica la clase fundamenta

es la clase media. Los ricos y los pobres son unas clases que constituyen una desviación de las posiciones normales. De acuerdo con el esquema aristotélico de la tríada, la clase media no es colindante sino que en cierto sentido las clases extremas habrían de ser unas clases marginales.

Entre estas extremadas interpretaciones de la estructura tripartita, entre la concepción marxista y el concepto aristotélico de las clases medias, hay lugar para una interpretación «neutral», la cual considera las tres partes más o menos a un mismo nivel.

Al referirnos a la concepción aristotélica hemos de recordar asimismo que para Aristóteles no se trata de una descripción de la realidad de su tiempo: bajo este punto de vista, la estructura social de las ciudades griegas se presenta, en su *Política*, en forma diversa. La dominación de la clase media en la estructura social representa sin embargo para él un postulado de buen sistema de gobierno.

«En todos los Estados —escribe Aristóteles— hay tres grupos de ciudadanos: los muy ricos, los muy pobres y una tercera clase intermedia entre ambos. Pero como quiera que es verdad universalmente reconocida que la moderación y la medianía es lo mejor, está claro que también en el campo de la posesión de los bienes de fortuna, la propiedad mediana será indudablemente lo mejor» (*Política*, IV, 9, 3).

«Pueden estar bien gobernados aquellos Estados en los que existe un estado medio numeroso y más poderoso que los dos restantes, o por lo menos que uno de los dos» (*ibid.* IV, 9, 8).

Al presentar, en un esquema tripartito, la sociedad cristiana de Antioquía a finales del siglo IV, san Juan Crisóstomo le confiere a la clase media una posición dominante bajo el punto de vista numérico a la par que la más importante en cuanto a su utilidad social. La clase media, que vive modestamente pero sin pasar hambre, constituye según los conceptos de Boca de Oro, la mayoría considerable de la población. La clase media se com-

1. Homilía 85, *Sobre san Mateo*.

pone de una población que se dedica al trabajo. Los ricos no trabajan. A raíz de esta primera versión, la clase de los pobres se halla constituida, al parecer, en parte por un proletariado desocupado o casi sin trabajo, y en parte por mendigos profesionales cuyo número era muy crecido en las ciudades de aquellos tiempos.

Un poco más tarde, en el libro anónimo pelagiano *De la riqueza*, que según Walter<sup>2</sup> constituye entre otras cosas una réplica a los argumentos de san Agustín esgrimidos en defensa de los poseedores, la sociedad se halla igualmente dividida en tres clases y además el criterio divisorio —al igual que en Juan Crisóstomo— está basado en el grado de riqueza.

Esta gradación tripartita recuerda en sus formulaciones la tríada aristotélica; también nos hace recordar a la filosofía de Aristóteles la tesis según la cual la riqueza (cuando se posee más de lo que se precisa) y la pobreza (cuando se posee menos de lo que se necesita) son unos estados que van en contra de la naturaleza, ya que sólo es acorde con la naturaleza el centro que se sitúa entre ambos extremos: un estado en el que se posee cuanto se necesita y sólo lo que se necesita. En este sistema tripartito las proporciones numéricas son enteramente distintas en comparación con las de la homilía antioqueña de san Juan Crisóstomo.

Para Juan Crisóstomo la clase media era tan numerosa como lo es, según los resultados de las investigaciones realizadas en la época contemporánea, en los Estados Unidos, donde una encuesta ofrecía a las personas que participaban en ella la elección entre tres eventualidades: la pertenencia a la clase inferior, media o superior.<sup>3</sup> Para el autor del libro *De la riqueza* las proporciones se acercan más al análisis marxista: la mayoría de la sociedad la forman los que viven en la indigencia y la miseria, y la causa de su pobreza es la existencia de un pequeño número de ricos.

2. *Les origines du communisme*, p. 242.

3. Véase cap. VII de esta obra.

En los comienzos del capitalismo moderno y en las ciudades italianas de la época renacentista, la concepción de la gradación tripartita encuentra asimismo su fundamento teórico en la filosofía aristotélica. Pero se habrá de popularizar en las sociedades capitalistas del siglo XIX, esta vez sin reminiscencias aristotélicas.

### *Esquema de gradación de las clases sociales*

Al concebir la estructura social bajo el esquema dicotómico vemos a la sociedad partida en dos clases antagónicas, entre las cuales se manifiesta una relación de dependencia asimétrica. Cada una de estas clases caracteriza la relación con la clase restante. El concepto de las clases intermedias plantea un esquema de otro género. Este segundo modo de concebir la estructura social lo denominamos *esquema de gradación*; se trata de un esquema multipartito, pero como más adelante nos venceremos —no es el único esquema multipartito. En este caso la sociedad aparece bajo la forma de un sistema estratificado de tres o de un número mayor de clases, cada una de las cuales es, bajo un cierto aspecto, inferior o superior a las demás. Aquí también cada clase está determinada por su relación con las demás clases, pero esta relación no se halla concebida como una relación de dependencia sino como una relación de *orden*.

### *Gradación simple*

Seguidamente establecemos una diferenciación entre las dos versiones del esquema de gradación: la gradación simple y la gradación sintética. Por la gradación simple en el sistema de las clases sociales entendemos un aspecto de la estructura social en el cual el sistema de las clases superiores e inferiores se basa en la gradación de unos rasgos objetivamente mensurables. Concre-

tamente se trata en este caso de la gradación de la fortuna, de la cantidad de bienes de los que se dispone o, en todo caso —trascendiendo la esfera de las representaciones comunes—, del grado de participación en la renta social. Según esta clasificación la pertenencia a una clase se decide por el grado de fortuna, y éste a su vez determina para las distintas clases el piso que ocupan respectivamente en el sistema vertical.

Por lo tanto, hablamos de gradación simple sólo en los casos en que decide un único criterio. Tan pronto como para establecer el nivel en la estructura social cooperan dos o más criterios inconmensurables, bajo ciertos aspectos la situación cambia radicalmente, de lo cual hablaremos más adelante. Por eso hemos considerado necesario introducir el concepto de la gradación sintética.

Claro que, en el esquema de la gradación simple, pueden aplicarse otros criterios diferentes al criterio económico. Así, por ejemplo, sería posible construir una gradación de las clases tomando como base la gradación del nivel de instrucción. Pero tal concepción no nos interesa aquí puesto que no ha jugado un papel en la historia del pensamiento social; no nos hemos encontrado en la conciencia social con tales conceptos de la estructura social. El grado de instrucción es a veces un factor importante en la gradación sintética. Sin embargo, no se trató de que la gradación de las clases se asiente en un solo y único criterio. Por esa razón, al hablar del esquema de la gradación simple en los conceptos de la estructura social sólo nos queremos referir al esquema de la gradación económica.

El esquema de gradación simple con el cual nos hemos encontrado hace un momento en la *Política* de Aristóteles, en las *Homilias* de Juan Crisóstomo y en el libro pelagiano *De la riqueza* se ha visto encarnado en tiempos en la existencia de las instituciones políticas. En la Antigüedad, sobre las ruinas del viejo sistema estamental basado en los lazos gentilicios y tribales, se levantó a veces un régimen *timocrático*, es decir una estructura es-

tamental basada en los principios de la gradación económica: sobre el censo de la riqueza. Se trataba de una estructura estamental sin predestinación en cuanto a la pertenencia a este o al otro estado. Clásico ejemplo de ello es la reforma de Solón: la división de los ciudadanos atenienses en cuatro clases según el nivel de la renta, clases cuyos privilegios políticos y cuyas obligaciones se hallaban institucionalmente determinados.

Otras repúblicas griegas conocen asimismo reformas semejantes en las cuales el criterio de la gradación simple constituye la base de la división institucionalizada de los ciudadanos en clases sociales. También las conoce la historia de Roma.<sup>4</sup> A comienzos del siglo actual uno de los escritores sociales sostenía que en la Suiza democrática las gentes se casaban y que cada uno de los cónyuges mantenía relaciones sociales en el marco de su categoría fiscal. Si esta observación, formulada con irónica precisión, fuese cierta, nos encontraríamos ante un concepto timocrático de la estructura social como factor normativo de la existencia colectiva. Bajo unas condiciones de relativa estabilidad, las clases, igualadas sobre la base del criterio económico, obtuvieron más de una vez una institucionalización consuetudinaria mode-

4. Aquí se trata en primer lugar de la llamada reforma de Servio Tulio: es decir, de la división imperante en los primeros siglos de la República, de los ciudadanos, en seis clases, de acuerdo con el censo, con un sistema electoral de acuerdo con el cual la primera clase (los ciudadanos cuyo haber fuese superior a 100.000 ases) disponía, según Tito Livio, de la mayoría absoluta de los votos; los ciudadanos pertenecientes a la clase más baja, exentos del servicio militar, llevaban el nombre, que ha heredado la moderna clase trabajadora, de «proletarios».

El mismo principio es seguido más tarde por Augusto en sus reformas, cuando la República Romana se convierte en un Principado: para la pertenencia al estado senatorial Augusto pone como condición el censo de un millón de sesteracios; para la pertenencia al estado ecuestre (*equites*) —que Walek-Czernecki considera como correspondiente a la *upper-middle class* inglesa— se imponía un censo de 400.000 sesteracios. Cf. D. WALEK-CZERNECKI, *Historia Gospodarcza Swiata Starozytnego* («Historia Económica del Mundo Antiguo»), vol. II, pp. 253-254.

lada por las distinciones estamentales. En la América pre-revolucionaria, la reducida clase de los ricos plantadores y mercaderes (*persons of quality*) se libraba de los castigos corporales, y los individuos que a ella pertenecían llevaban el título de *mister* o *gentleman*, lo cual se ponía cuidadosamente en evidencia en las inscripciones funerarias. Las gentes de mediana fortuna, que poseían sus propios medios de producción, se daban recíprocamente, en Nueva Inglaterra, el título de *goodman* y *goodwife*. A los asalariados, a los que nada poseían, se les llamaba sencillamente por su nombre.<sup>5</sup>

El grado de fortuna puede determinar el papel social diferente de los individuos de una misma profesión. En su obra, *Le parfait négociant* (1675), Savary opone duramente a los mayoristas y los detallistas.<sup>6</sup> Y dos siglos antes, el poeta François Villon, perseguido por la ley, pone en verso la antigua anécdota sobre el corsario y Alejandro de Macedonia.<sup>7</sup>

El esquema de gradación simple dividía a la comunidad campesina polaca en las categorías de los *kmiecie*, *zagrodnicy* y *dziadów*, en otros lugares en *gbury*, *zagrodnicy* y *komornicy* o bien en *kulacy*, *sredniacy* y *biednacy*.<sup>\*</sup> En este caso, la gradación de la riqueza se basaba principalmente en una gradación de las fanegas o de las hectáreas de tierra poseída.

5. Véase K. MAYER, *Recent Changes in the Class structure of the United States*, «Transactions of the Third World Congress of Sociology», vol. III, Londres, 1956, p. 68.

6. Véase M. OSSOWSKA, *op. cit.*, pp. 145-146.

7. François VILLON, *Le Testament*: «Así le preguntó el Emperador: "Por qué te volviste tan tremendo pirata?" —Y él así le respondió: "¿Ha de llamarme pirata porque me lanzo al abordaje de los navíos sobre un bote ruín y destartado?— Si como tú yo pudiese tener una armada, también en emperador me convertiría".»

\* Esta última división de la comunidad campesina equivale a la de: grandes propietarios, campesinos medios y campesinos pobres. (*N. del T.*)

Cuando en las esferas no marxistas se habla de la estratificación social de los países capitalistas de Europa y de América en unos términos de jerarquía de clases, se trata a veces de la gradación simple: de las clases determinadas por los criterios económicos. El conocido economista inglés L. Robbins, en sus reflexiones sobre las relaciones de clase introduce en lugar del concepto de proletariado, el de los grupos de renta inferior (*inferior income groups*).<sup>8</sup> La encuesta efectuada en el año 1947 por el Instituto de Opinión Pública de Francia concebía la estructura social francesa sobre la base del esquema de gradación económica.<sup>9</sup>

Ahora bien, cuando en Inglaterra, en Francia o en América se habla de la clase media, media superior o superior (*middle*, *upper-middle*, *upper*), o cuando en las páginas de numerosos periódicos americanos se discute sobre cuántas clases existen en América, se trata en este caso de la jerarquía de clases, la cual no está edificada según la gradación simple económica.

Así tenemos que algunos investigadores americanos distinguen entre «clase social» y «clase económica»,<sup>10</sup> y R. Centers, autor del importante e interesante trabajo *The Psychology of Social Class*, introduce una diferenciación de los estratos sociales (*stratum*) y de las clases (*class*): la jerarquía de los estratos (*stratification*) se asienta a juicio de Centers en algún criterio objetivo de una u otra índole adoptado libremente como base de clasificación, situándose por lo tanto dentro de nuestro es-

8. *The Economic Basis of Class Conflict*, Macmillan, Londres, 1939, p. 26, entre otras.

9. La pregunta rezaba como sigue: «Estimez-vous que vous appartenez à la classe riche, à la classe pauvre, à la classe moyenne plutôt riche ou à la classe moyenne plutôt pauvre?» Cito según R. CENTERS, *The Psychology of Social Class*, Princeton University Press, 1949, p. 223.

10. Véase, por ejemplo, H. CANTRIL, *Identification with Social and Economic Class*, «Journal of Abnormal and Social Psychology», 1943.

quema de gradación simple, aun cuando teóricamente la relación determinante del orden no sea necesariamente para Centers la relación de fortuna;<sup>11</sup> en cambio, el autor concibe las clases bajo la forma de unos grupos, la pertenencia a los cuales la determina no un coeficiente objetivo dado sino la conciencia de clase en pro de la cual pueden abogar múltiples criterios; esto mismo vale para el sistema jerárquico de las clases sociales, que, contrariamente a la estratificación de Centers, no está basado en la gradación de un aspecto mensurable.

La concepción de la estructura social en términos de gradación (clase inferior, media y superior), los cuales no se comprenden en el sentido de la gradación simple, suele utilizarse, al parecer, cuando después de haberse superado el sistema estamental se forma una nueva jerarquía y cuando el concepto de «esferas superiores» deja de identificarse con los círculos cerrados de la aristocracia de nacimiento.

Fuera de los círculos de influencia marxista, sobre todo en los países anglosajones y de América Latina, esta terminología gradacional se mantiene hasta el día de hoy tanto en las expresiones corrientes como en la publicística y en los trabajos teóricos.

En la Inglaterra victoriana y del siglo xx la clasificación de la población según el sistema de clases de cuatro grados (*upper, upper-middle, middle, lower*), fue aceptada universalmente en los medios de la burguesía y la pequeña burguesía por lo menos hasta la última guerra. En Alemania, las huellas de la división de las clases en superior, media e inferior sobrevivió incluso al cambio de régimen, si tenemos en cuenta el comunicado del Consejo de Ministros de la República Democrática Alemana del 11 de junio de 1953, en el que se habla de un «Estado medio» cuya composición no se identifica con el

11. «Since stratification is merely a descriptive term for the existence of high and low in a society, it is theoretically possible to have as many kinds of stratification as one can discover objective criteria for defining» (*op. cit.*, p. 15).

concepto marxista de la pequeña burguesía en tanto que clase definida por cierta relación con los medios de producción.

En los Estados Unidos, el esquema de gradación de este género lo solemos encontrar continuamente en las investigaciones y las discusiones relativas a la estructura social de ese país, trátese de las conocidas encuestas del Instituto Gallup (1939), o de «Fortune» (1940), o de las cada vez más numerosas investigaciones regionales llevadas a cabo por los distintos sociólogos, o de las tentativas encaminadas a elaborar una teoría general. El número de las clases que entran a formar parte de esa terminología gradacional oscila en los Estados Unidos entre tres (*upper, middle, lower*)<sup>12</sup> y seis (*upper-upper, lower-upper, upper-middle, lower-middle, upper-lower, lower-lower*).<sup>13</sup>

En las encuestas sobre la pertenencia de clase el esquema se complica a menudo con la introducción de un nombre que no es un término directamente significativo del rango ocupado en la gradación. Esta denominación es la de «clase trabajadora» (*working class*). Como quiera que se ha demostrado que el término *lower-class* es considerado como degradante y que la gente no se adhiere gustosamente a una tal clase —ello significa que un enorme porcentaje de la población se hace pasar como perteneciente a la clase media— se ha añadido a la tabla tripartita la voz *working class*, que se sitúa entre la *middle class* y la *lower class*.<sup>14</sup> Esta voz puede interpretarse de muy diferentes maneras: bien como grado en la estratificación, una especie de *lower-middle* o de *upper-lower class*, bien como un grupo especialmente diferenciado de acuerdo con el tipo de ocupación o la fuente de

12. Gallup, «Fortune», HOLLINGSHEAD (*Trends in Social Stratification*, en «American Sociological Review», en abreviación «ASR», 1952), y otros.

13. Esquema de W. L. WARNER y P. S. LUNT (*The Social Life of a Modern Community*, Yale University Press, 1941), aplicado igualmente por los autores de la obra *Deep South* y otros.

14. Véase CENTERS, *op. cit.*, pp. 32 y 211-213.

la renta. Con la primera interpretación tenemos también en esas tablas el esquema de gradación; pero si se tratase de la segunda interpretación, entonces entraría en juego un esquema cuya construcción sería heterogénea, o mejor dicho, una interferencia de dos esquemas distintos. Una tabla parecida de cuatro grupos fue aplicada en el año 1946 en Alemania Occidental, pero en este caso, la «clase trabajadora» fue reemplazada por la «clase obrera».<sup>15</sup>

En la investigación sobre la estructura social realizada en Suecia en el año 1943 la encuesta distinguía cuatro clases sociales: superior, media superior, media y la clase de los «obreros y de todos los que ocupan una posición social semejante». En este caso la connotación gradacional de esta cuarta clase es totalmente clara, puesto que ocupa el lugar de la clase inferior, la cual no se menciona en la tabla.

La diferenciación entre la clase económica y la clase social en el marco del esquema de gradación se asienta en la premisa de que sobre la posición social deciden a la vez varios factores y que éstos pueden compensarse cuando menos dentro de ciertos límites: la falta de instrucción o un origen mediocre puede rescatarse con el poder económico (el *nouveau riche* ha de ser más rico que los demás miembros de la clase a la cual aspira); unos ingresos insuficientes puede rescatarlos en cierto sentido una función social encumbrada; puede rescatarse incluso con la riqueza de los padres (*la qualité de riche ne se perd pas avec la richesse*, escribe Halbwachs).

En el clisé europeo del americano entra sobre todo la autoridad del dólar como definitivo rasero de todos los valores. «En América el dinero decide la posición del hombre; en Inglaterra, cuando menos hasta los últimos tiempos, había que esperar: el dinero decidía sólo la posición de los hijos», leemos en el pasaje citado por M. Ossowska<sup>16</sup> del trabajo de R. Lewis y A. Maud, *The English*

*Middle Class* (1949). Tesis, naturalmente, falsa, si se la toma textualmente y no sólo en tanto que elemento de una «caracterización comparativa». Es preciso tener los correspondientes ingresos para ser miembro de la *upper class* americana, de la misma manera que hay que tener la renta suficiente para pertenecer a esa misma clase en Inglaterra. Pero no sólo en Inglaterra sino también en los Estados Unidos la magnitud de los ingresos no es una condición suficiente bajo ese punto de vista. A no ser que entren en juego unas rentas muy elevadas, tan grandes que rebasen en decenas o centenares de veces el nivel que cabría considerar como condición indispensable.

Warner y Lunt confirman en sus *Yankee City Series* el alto grado de correlación existente entre la posición de clase y el tipo de profesión. «Pero sería erróneo —escriben— situar a todos los representantes de las profesiones liberales (*all professional people*) arriba y a todos los obreros abajo. Son demasiado numerosos los factores que contribuyen a la determinación de la posición social del hombre, para que una tal clasificación arbitraria pueda ser exacta.»<sup>17</sup> Es un hecho, efectivamente, que en sus investigaciones, en las cuales el número de variantes debía ser limitado por razones técnicas, los citados autores introducen los siguientes índices de pertenencia a una clase: profesión, fuente de ingresos, tipo de alojamiento y barrio en el cual se habita.<sup>18</sup> En unas investigaciones efectuadas en Detroit, G. H. Lenski toma en consideración dos factores de la posición social que se prestan a un concepto cuantitativo, la renta y la instrucción, y otros dos factores para los cuales la escala del prestigio social no tiene una mensuración objetiva, la profesión y el origen étnico (en este caso entran en juego consideraciones de carácter étnico tales como ser norteamericano de procedencia anglosajona, escandinava, irlandesa, alemana, italiana, polaca, judía, mejicana, negra; grupos cuya he-

15. *Ibid.*, p. 225.

16. *Op. cit.*

17. *Op. cit.*, p. 261.

18. W. L. WARNER, *A Methodology for the Study of Social Class*. En la obra colectiva *Social Structure*, Oxford, 1949.

terogeneidad y jerarquía es característica para las grandes ciudades industriales de Norteamérica).<sup>19</sup> L. Reissman establece la pertenencia de clase con la ayuda de tres factores: profesión, renta e instrucción.<sup>20</sup>

En las búsquedas de Centers, el 37 % de las personas que se consideraban como pertenecientes a la clase media y el 10 % de las que se definieron como miembros de la clase trabajadora (*working class*) indicaron, como principal criterio de pertenencia de clase, el modo de vida.<sup>21</sup> En los trabajos de Warner y Lunt, de los cuatro coeficientes tenidos en cuenta para establecer la posición de clase, dos —el tipo de alojamiento y el barrio en el cual se habita— atañen igualmente al modo de vida. «El consumo ostentatorio», del que Veblen se ocupaba en su clásica obra,<sup>22</sup> forma parte igualmente del problema del modo de vida en tanto que criterio de pertenencia de clase.

De manera que está claro para nosotros el carácter trascendental que el problema del modo de vida tenía en las jerarquías de clases europeas en la sociedad burguesa. Baste recordar al respecto el conocido trabajo de Goblot *La barrière et le niveau* (1925), o la novela costumbrista polaca de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Hasta los detalles son característicos a este respecto. «Nosotros, gentes de la *middle class* —me decía cierto día la propietaria de una modesta pensión en Londres— leemos el "Daily Telegraph" o el "Daily Mail". La gente de la *upper-middle class* leen el "Times".» Y en este caso, no se trataba ni mucho menos de un problema de opiniones políticas, puesto que los tres periódicos eran conservadores. En Latinoamérica la clase social y la cla-

se económica distan muchísimo de ser idénticas; escribe R. L. Beals:

«Las fuentes de ingresos, la situación familiar, la conciencia de clase, el prestigio que rodea a las distintas profesiones y la contraposición hondamente arraigada entre los trabajadores manuales y los que están exentos del trabajo físico, todo ello conserva una gran trascendencia simbólica.»<sup>23</sup>

Por otra parte se dan casos en los que la gradación que aparentemente parte de un solo criterio es una gradación sintética. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se establece la estratificación social sobre la base de la profesión de los distintos individuos, empezando por el obrero no cualificado y terminando con las profesiones liberales o los grandes empresarios industriales. Así, por ejemplo, Hollingshead<sup>24</sup> suele proceder a una tal gradación de los «grupos socioeconómicos». Como quiera que la jerarquía profesional no se identifica con la jerarquía de los ingresos, esa gradación debe fundarse en la síntesis de los diferentes factores operada por la conciencia social.<sup>25</sup> Esta síntesis depende del medio. Por ese mismo motivo la jerarquía profesional adoptada por Hollingshead no es idéntica a la jerarquía profesional que Centers utiliza en su interesante trabajo.

#### *Privilegio de la riqueza en la gradación sintética*

El modo de vida no es ninguna propiedad que pueda graduarse según una escala uniforme, como lo es la riqueza o el grado de instrucción. Pero el modo de vida

19. *Status Crystallisation*, «ASR», 1954.

20. «For the purposes of this analysis, class is determined by means of three commonly used variables —occupation, income and education» (*Class, Leisure and Social Participation*, «ASR», 1954, p. 79).

21. La encuesta contenía en la correspondiente rúbrica las posiciones siguientes: *occupation, income, style of life, comparison with others*.

22. *The Theory of the Leisure Class*, Nueva York, 1899.

23. *Social Stratification in Latin America*, en «American Journal of Sociology» (abreviado «AJS»), 1953.

24. *Trends in Social Stratification*, «ASR», 1952, p. 682 y sig.

25. Algunos de estos factores son enumerados por L. COREY en su estudio *The Middle Class*, «The Antioch Review», 1945, reimpreso en el compendio *Class, Status and Power*, editado por R. BENDIX y S. M. LIPSET, The Free Press, Glencoe, 1953; véanse pp. 378-380.

en tanto que *aspecto de clase* es ante todo la dimensión y la forma del consumo. El modo de vida se refleja en el presupuesto. La magnitud del presupuesto no prejuzga, claro está, el modo de vida (unas mismas cantidades pueden invertirse de muy distintas maneras cuando rebasan el llamado mínimo vital), pero ciertos tipos de modo de vida determinan la magnitud del presupuesto. De esta manera obtenemos indirectamente un índice del modo de vida que es posible ponderar con la escala de los gastos. Con relación a esto, se suele hablar de una vida a un «nivel adecuado». Cuando las personas pertenecientes a la *upper-middle class* buscan y aspiran a equipararse a la *upper class*, necesitan disponer de unos ingresos suficientes para realizar esa aspiración, empezando por alquilar o adquirir una casa en un barrio adecuado y costoso. El *gentleman* no se preocupa por el dinero, ahora bien, hay que tener dinero para no tener que preocuparse por él. Hay que tener dinero, para poderlo despreciar. En la «Gazeta de Cracovia», del día 9 de enero de 1811, leemos un anuncio publicitario del gabinete de figuras de cera del milanés Pechi, de paso por Cracovia, en el que se indica la siguiente tarifa de entrada: «Las personas pertenecientes al primer estado pagan a discreción suya. Las personas distinguidas pagan 2 zlotys; los niños y el personal de servicio 1 zloty.»<sup>26</sup>

Dado que para establecer la gradación sintética se toman en consideración tanto la magnitud de los ingresos, como la de los gastos ligada con el modo de vida, el privilegio de la riqueza condiciona la posición de clases de dos maneras: en primer lugar, gracias a la función «timocrática» del dinero (el grado de riqueza, factor directo del prestigio social); en segundo lugar, gracias al hecho de que una magnitud adecuada de los ingresos es una condición necesaria del modo de vida al «nivel adecuado», hecho que constituía un argumento bastante corriente para defender la postura según la cual los indi-

viduos situados en las altas esferas han de tener ingresos elevados.

Por lo demás la relación de dependencia suele ser recíproca: en la gradación el modo de vida es tenido en cuenta asimismo en tanto que testimonio de la riqueza y por lo tanto en razón de la función «timocrática» del dinero, a la cual acabamos de referirnos. De la misma manera, la educación y muy especialmente ciertos tipos educacionales muy caros, como por ejemplo, en los países de baja divisa, la educación en el extranjero, o la educación en los costosos establecimientos de Eton, Oxford o Cambridge en Inglaterra, solían ser apreciados no sólo bajo el punto de vista de la cualificación personal del educando, sino también, cuando el alumno no se beneficiaba de una beca, como un testimonio del estado de riqueza de sus padres.

Además, en la jerarquía social, el dinero puede cumplir con una tercera función: la magnitud de los ingresos puede considerarse como la manifestación exterior del papel social que se asume. Así ocurre por ejemplo en la Unión Soviética, donde reza el principio según el cual cada uno recibe su parte de la renta social de acuerdo con su mérito. En base a este principio, el mérito social y por lo tanto el lugar ocupado en la escala de los cometidos sociales, puede commensurarse con la renta que percibe cada ciudadano. Este punto de vista no ha sido ajeno a la ideología capitalista: los sansimonianos justificaban los altos ingresos de los industriales a través de los méritos sociales, y la riqueza era para los puritanos ingleses y las sectas puritanas de América la medida de la gracia divina, o sea, la medida de la perseverancia en servir a Dios; y varios siglos antes de los puritanos, el gran mercader italiano Giovanni Morelli (1371-1441), proclamaba que Dios distribuye los bienes terrenales proporcionalmente a los méritos de cada cual.<sup>27</sup>

26. K. BAKOWSKI, *Kronika Krakowska, 1796-1848* («Crónica cracoviana»).

27. Véase F. ANTAL, *Florentine Painting and its Social Background*, Londres, 1947, p. 49.

En la sociedad dividida en estados, si en el modo de concebir la estructura social intervenía, junto a la jerarquía estamental, el esquema de gradación, se trataba de la gradación económica simple: pues siguiendo las huellas de Aristóteles, en tal caso, los individuos se dividían no sólo en ciudadanos, metecos y esclavos o en nobles, burgueses y campesinos, sino también en ricos, pobres y acomodados. Por el contrario, la gradación sintética parece ser una consecuencia indirecta de la liquidación oficial de los privilegios de los estados. Los privilegios y las relaciones de dependencia estamentales dieron paso a un sistema fundado en principio sobre las relaciones de dependencia exclusivamente económica, aunque ciertas tradiciones estamentales no han perdido su vitalidad, o volvieron a renacer tan pronto como el nuevo sistema se hubo estabilizado.<sup>28</sup>

La extracción social en tanto que factor determinante de la posición social no es sino una reminiscencia del sistema estamental o de castas. Pero el abolengo de una familia rica no ha dejado de jugar su papel en tanto que factor determinante de la posición social en la democracia burguesa. Bajo ciertos aspectos el modo de vida es un legado del sistema estamental y uno de los criterios en el que se asienta la jerarquía de las clases modernas. De la misma manera han sobrevivido las tradiciones estamentales de aislamiento en las diferentes capas de la vida social.

Igualmente la ideología de la clase triunfante contrapone al prestigio de la procedencia social las cualificaciones personales y confiere una primacía económica al criterio de la posición social. De este modo surge una escala sintética que toma en consideración a la vez el grado de riqueza, el presupuesto de gastos, el nivel de instrucción, el rango profesional y el origen social. La gradación económica simple se sintetiza con las tradiciones de la jerarquía estamental. Como resultado de esta

28. Véase M. OSSOWSKA, *op. cit.*, cap. X («Interferencia de los modelos aristocráticos y burgueses»).

síntesis, facilitado por el condicionamiento económico de los factores extraeconómicos del prestigio social, entran en la ponderación del modo de vida criterios que, aún teniendo un doble carácter, suelen converger sensiblemente; pues por una parte tenemos que el modo de vida se mide a través de la magnitud de los gastos: este modo de vida está en relación directa con la riqueza; por otra parte en la valoración del nivel de vida juegan un papel importante las tradiciones estamentales: de manera que es alto un modo de vida que está vinculado con las tradiciones del estamento superior.

Así se presenta, a nuestro parecer, la génesis de la gradación sintética que solemos encontrar en la conciencia social de los distintos medios del pasado y del mundo de hoy. En unas esferas la síntesis se aproxima más al concepto de la jerarquía estamental; en otras, se acerca más a la gradación simple. Un ejemplo de los medios en los que parece prevalecer la gradación estamental es la «esfera social» varsoviaña antes de la Primera Guerra Mundial, o los medios de Latinoamérica caracterizados por Beals, quien contrapone en este caso a la América Latina y los Estados Unidos, de la misma manera que otros contrastaban a los Estados Unidos e Inglaterra, con la salvedad que en el primer caso el contraste es incomparablemente más claro.

«Una familia perteneciente a la clase media —escribiera Beals— que dispone de dos automóviles y no tiene criados, un banquero que friega los cristales porque su esposa ha invitado huéspedes a tomar té, un profesor que, vestido con unos pantalones de trabajo, cuida de su jardín, laborando con la azada, todo ello son cosas harto incomprensibles en América Latina (...). Existen ciertas actividades en el ámbito del trabajo manual que está prohibido ejercer incluso como pasatiempo, hay ciertas herramientas que está prohibido empuñar.»<sup>29</sup>

En los países más avanzados bajo el punto de vista industrial las cosas se plantean de una manera muy dis-

29. *Op. cit.*, p. 339.

tinta, particularmente en los medios obreros, en los cuales la estratificación social se halla concebida mayormente en base a la gradación económica, como muy bien lo atestigua, pongamos por caso, la encuesta realizada en el año 1943 por el Instituto Gallup de Suecia y a la cual aludíamos anteriormente.

### *Valoración sintética y grado de armonización de las valoraciones simples*

Hemos dicho que, en la escala sintética, los diferentes factores determinantes de la posición social eran susceptibles de compensarse dentro de ciertos límites, que la falta de instrucción o un origen social despojado de prestigio pueden rescatarse con los altos ingresos económicos, y que un bajo nivel de riqueza puede equilibrarse con una posición social encumbrada.

Pero la reserva que se halla implícita en la expresión «dentro de ciertos límites» merece una atención muy especial. La compensación de unos factores del prestigio social por otros conduce sin dificultades a las valoraciones sintéticas, mientras las divergencias entre la posición de los individuos en las diferentes escalas simples no sean demasiado grandes. En el caso opuesto, la valoración sintética puede ceder el puesto a la interferencia de las valoraciones simples; entonces, y como resultado de esa falta de armonía de las simples valoraciones, el individuo puede encontrarse relegado a una situación marginal.

Así, por ejemplo, suponiendo que la divergencia entre la posición económica y el grado de instrucción sea demasiado grande en relación con las normas aprobadas en una esfera dada, el individuo se encuentra desplazado, se desvía del modelo individual de una clase social determinada, lo cual se refleja tanto en su posición social como en su postura psíquica, según se trate de una persona con altos ingresos y una falta flagrante de instrucción elemental, o de un hombre que terminó dos licen-

ciaturas y gana apenas el mínimo capaz de asegurar su existencia biológica.

Dicho con otras palabras, partiendo del punto de vista de la gradación sintética la posición social del individuo depende no solamente de cada uno de los factores de valoración en sí, sino que el factor de la posición social es asimismo el grado de armonización de aquellos factores de prestigio.

Las búsquedas llevadas a cabo en Detroit por G. H. Lenski en el año 1952 tenían como finalidad metodológica el propósito de saber en qué medida la armonía o el carácter inarmónico de una situación dada, bajo este punto de vista (*high or low status crystallization*) influye en la tendencia política del individuo y en sus vinculaciones de clase.<sup>30</sup> Una de las conclusiones a las que la indagación condujo estriba en que la falta de armonía de la posición social (*low status crystallization*) favorece el radicalismo ideológico, permaneciendo acorde con las intuiciones psicológicas asentadas en las distintas y antiguas observaciones.

En Polonia, por ejemplo, se da el caso de que antiguamente llamaba la atención el hecho de que con harta frecuencia los líderes del movimiento obrero se reclutaban en su mayor parte, durante la segunda mitad del siglo pasado, entre los elementos desclasados de la nobleza.<sup>31</sup> Pero se trata aquí de unos problemas que sólo incidentalmente se refieren a nuestro tema.

30. *Op. cit.*, en «ASR», 1954.

31. Stanislaw Ploski, al afirmar que este fenómeno ya puede observarse claramente a comienzos de los años sesenta del siglo XIX, me facilitó una nota interesante. A raíz de las detenciones operadas entre los obreros de la fábrica Ewans, y luego entre los obreros de otras fábricas y entre los artesanos varsovianos en el año 1862, fueron procesados 65 personas. Este fue uno de los procesos más importantes del período anterior a la Insurrección del año 1863. Pero se da el caso que entre los 65 encartados el 32 % era de procedencia nobiliaria.

En relación con el proyecto de investigaciones internacionales sobre la estratificación social apareció en las publicaciones de la Asociación Internacional de Sociología el trabajo de Alain Touraine titulado *Rapport sur la préparation en France de l'enquête internationale sur la stratification et la mobilité sociales*.<sup>32</sup> En una breve introducción a dicho trabajo el autor distingue entre el concepto de *clase social* y el concepto de *estrato*. Conforme al pensamiento marxista tradicional, las clases son concebidas por Touraine en tanto que «grupos definidos por su situación en el proceso social de la producción»<sup>33</sup> al tiempo que en tanto que elementos de un sistema contradictorio (*éléments d'un système contradictoire*), y de acuerdo con Marx, adelanta la hipótesis según la cual la conciencia de clase (*une conscience de classe pure, c'est-à-dire entièrement antagonistique*) se forma a través de las luchas políticas. Los estratos (*le strate*) son definidos por el autor como un «conjunto de individuos comparables entre sí bajo el punto de vista de uno o varios criterios objetivos de clasificación»: *critères objectifs de classement*.<sup>34</sup>

El sistema de estratos de Touraine responde a nuestro esquema de gradación al igual que el concepto de estratificación de Centers. El autor adelanta la hipótesis de que el concepto de escala social prevalece en la conciencia social en aquellos grupos profesionales cuyo cometido en el proceso social productivo es muy complejo y menos aparente. Dicho con otras palabras, los representantes de las profesiones liberales, los comerciantes, los artesanos, son menos sensibles al concepto de clase (el cual, según Touraine, se aproxima a la interpretación marxista) y más permeables al concepto del siste-

32. Association Internationale de Sociologie, Congrès de Liège 1953, *Communications*, vol. I.

33. *Ibid.*, p. 1.

34. *Ibid.*, p. 25.

ma de capas sociales asentado en los criterios de la riqueza.

En este aspecto, el sistema de los estratos se reduce a la gradación económica simple. Ahora bien, dado que en otro lugar el autor se refiere a la clasificación de los estratos «bajo el punto de vista de uno o de varios criterios objetivos de clasificación», vale la pena poner de relieve una cierta diferencia sensible entre la gradación simple y la gradación sintética, diferencia a la cual el autor no presta atención: la escala, establecida no sobre la base de uno sino sobre la base de la interferencia de dos o varios criterios objetivos, no es una escala objetiva si los criterios se refieren a unas características inconmensurables, tales como el grado de instrucción y la magnitud de la renta en el momento de valorar una posición social, o la originalidad de la inventiva o de la técnica de ejecución al valorar una obra de arte.

En este tipo de jerarquías, en el que la posición social está determinada por alguna «resultante» de factores inconmensurables, donde la baja extracción social del individuo está compensada por unos ingresos más elevados, o en que la baja posición económica se ve compensada por un cargo social eminente o por el mayor grado de instrucción, en tal tipo de jerarquías nos encontramos con un fenómeno corriente en la vida social, consistente en que se establece una gradación determinada en base a la confrontación intuitiva de unos valores incomparables entre sí, según una escala común cualquiera que no sea la escala predilecta del que opera la evaluación.

Esto no significa, claro está, que en este caso pretendamos referirnos a la predilección individual, de tipo personal. Pues en tanto que resultado de la comparación de unos valores inconmensurables las valoraciones sintéticas de las posiciones sociales se convierten prácticamente en hechos sociales característicos para los distintos medios evaluadores, por cuanto son la expresión de la «conciencia social», es decir, por cuanto han sido armonizados más o menos con la conciencia de los miembros de un medio sujetos a unas sugerencias recíprocas. El

medio opera la síntesis y esta síntesis, a su vez, suele ser distinta según los diferentes medios. Esto vale igualmente, entre otras cosas, para el papel que, en la gradación sintética, juega directamente el factor económico, o sea —empleando el lenguaje de los autores americanos— el grado en que una determinada «clase social» se aproxima a la «clase económica». Ya nos hemos referido a ello anteriormente. En las distintas clases sociales, los distintos criterios de pertenencia a una clase suelen tener un peso también distinto.

La gradación sintética, especialmente la «conciencia social» de un medio determinado, se refleja no sólo en las declaraciones directas: se expresa en el sistema de relaciones sociales, en el aislamiento de las «esferas de la vida social», en los actos de los individuos que aspiran a la promoción social o a conservar la posición social ostentada hasta la fecha.

De esta manera la escala sintética nos informa sobre el medio evaluador, sobre sus sistemas de valor. El medio que lleva a cabo la evaluación puede identificarse, por lo demás, en los diferentes casos, con el conjunto de los grupos comparados. Warner efectúa complicados cálculos con el fin de establecer la gradación sintética de la población de la ciudad de Jonesville, desde el punto de vista de la propia población de la ciudad de Jonesville. En estos casos la representación de la estratificación social es sintética igualmente en otro sentido: además de la sintetización de los factores gradacionales por los respectivos medios, el propio investigador opera una «síntesis» de los puntos de vista de las diferentes clases. Esto ocurre así cuando en lugar de relacionar la representación de la estructura social en relación con los distintos medios, el investigador desea concebir dicha estructura en tanto que resultante de los aspectos que obtuvo en los medios respectivos. Si el material consiste no en los resultados de las encuestas directas concernientes a la pertenencia de clase sino en los resultados de las indagaciones relativas al comportamiento de los hombres y los grupos en sus relaciones recíprocas, a buen seguro

que dicha resultante se desviará menos de los distintos aspectos de clase que si el investigador se apoya tan sólo en las respuestas al cuestionario de la encuesta.

Contrariamente a la gradación simple la gradación sintética no tiene aplicación en la creación institucional de los grupos con distintos derechos políticos, por cuanto no facilita una escala objetiva. En la determinación de las relaciones sociales ésta se manifiesta allí donde deciden intuiciones acordes relativas a la valoración de los factores incommensurables entre sí, y no allí donde decide la letra de la ley. De ahí la relación de las gradaciones sintéticas con la jerarquía de las esferas de la sociedad.

Nos hemos extendido bastante sobre el concepto de la gradación sintética por cuanto se trata aquí de uno de los dos modos más populares en el mundo moderno de concebir la estructura de clases. La tríada marxista: capitalista - pequeño burgués - proletario, se halla contrapuesta, por el otro campo del frente ideológico, a *otros hábitos de pensamiento sobre los problemas sociales*, la expresión de los cuales es en este caso, precisamente, la gradación sintética de las clases. En lugar de los capitalistas, los pequeños burgueses y el proletariado, tenemos aquí a las clases superior, media e inferior, objeto de las investigaciones de los sociólogos americanos.

Nos importaba en este trance poner de relieve que cuando en las búsquedas sobre la estratificación social se aplica el esquema gradacional, las relaciones objetivas pueden concebirse fundamentalmente sólo en base a la gradación simple. Cuando la posición social se halla definida por la escala sintética las búsquedas sobre la estratificación social atañen a la conciencia social. Así es como, en general, se hallan concebidas las indagaciones americanas respecto al sistema de las clases sociales: a diferencia del estrato (*stratum*) y en contraste con él, la clase es definida por Centers como un fenómeno psicológico en el sentido más extenso de esta palabra.<sup>35</sup>

35. *Op. cit.*, p. 27.

Para Warner y Lunt las clases sociales son unas categorías según las cuales los miembros de la sociedad se clasifican a sí mismos y a los demás en posiciones superiores e inferiores.

Pese a esta diferencia fundamental entre la gradación simple y la gradación sintética, y pese a que entre los factores determinantes de la escala sintética nos encontramos no sólo con los aspectos sujetos a la gradación, la gradación sintética se integra en ese mismo esquema general de gradación caracterizado más arriba y que comprende la gradación simple. Y aquí, precisamente, los individuos se hallan clasificados de acuerdo con los bienes que poseen según una relación que es concebida en tanto que relación asimétrica y transitoria.<sup>36</sup> Y en este caso, el sistema de las clases sociales está determinado por una relación de orden y no por una relación de dependencia.

36. La relación transitoria es una relación consistente en que si interviene entre *a* y *b* y entre *b* y *c*, interviene entonces entre *a* y *c* (por ejemplo la relación de ancianidad).

## IV. Conceptos funcionales

### *Funciones distintas y relaciones de interdependencia*

Además del esquema dicotómico y del esquema de gradación existe un tercer tipo de concepción de la estructura de clases; cabe aplicarle el nombre de *esquema funcional*. Según este concepto, vemos la sociedad dividida en un cierto número de clases que se diferencian a raíz de las funciones que ejercen en la vida social. Aquí entran en juego unas funciones mucho más generales que las que distinguen entre sí a las diferentes profesiones en una sociedad donde la división del trabajo tiene un carácter múltiple. La diversidad de las funciones lleva consigo unas relaciones determinadas entre las clases. En base a sus funciones distintas las clases se necesitan entre sí de la misma manera que se necesitan recíprocamente las diversas profesiones. Debido a las funciones distintas los intereses de las clases pueden estar en desacuerdo. Tanto cuando se pone de relieve la armonía de las tareas, como cuando todo el peso recae sobre el conflicto de intereses, en el esquema funcional vemos un nudo de relaciones de interdependencia.

En consideración a la diversidad de las tareas esenciales para el conjunto de la sociedad, Aristóteles distinguía a los guerreros y a los hombres que deliberaban en torno a los asuntos del Estado, y dividía a la población trabajadora en agricultores y artesanos, así como en los que ejercen un trabajo necesario al servicio de un individuo y los que lo asumen al servicio de la comunidad (esta última división contraponía los esclavos a otras categorías de la población trabajadora).

De acuerdo con la interpretación eclesiástica de la

sociedad medieval Piotr Skarg \* proclamó que «el género humano se halla dividido en tres estados: los orantes, los defensores y los trabajadores, es decir, en sacerdotes, guerreros y población trabajadora».

De esta misma manera se fundamentaba en otros tiempos la división triestamental de la sociedad francesa, división que se mantuvo hasta la Gran Revolución, pese a que para el francés del siglo xvii ya no se trataba en este caso de una división según las funciones, sino sólo según los privilegios.

En lugar de los estados tradicionales de los que debían orar, luchar o trabajar, Adam Smith, en la época en que se estaba fraguando la moderna sociedad capitalista, introduce una nueva división tripartita asentada en los criterios económicos, la cual gozó de gran popularidad en el siglo xix.

Las tres clases fundamentales en que a juicio de Smith se divide la sociedad moderna son los propietarios de la tierra, los propietarios del capital y los obreros. Tal y como Smith las concibe, las tres clases fundamentales se distinguen por sus funciones claramente diferentes en la vida económica de toda la sociedad y por su papel en los procesos de producción. Pero en tanto que economista, para Smith el punto de partida está en las fuentes de los ingresos. Es entonces cuando formula su división de la sociedad entre los que extraen sus ingresos de la renta de la tierra (*the rent of land*), los que sacan sus ingresos de la acumulación del capital (*the profits of stock*), y los que extraen sus medios de existencia de la remuneración del trabajo (*the wages of labour*).<sup>1</sup> Esto puede dar la impresión de que así interpre-

\* Piotr Skarg, de apellido verdadero Pawenski (1536-1612). Jesuita, escritor y destacado militante de la Contrarreforma. Organizó un Colegio de Jesuitas en Polonia. Ardiente defensor de la Iglesia católica, autor de varias obras, entre las cuales una *Vida de los Santos* (1579). (N. del T.)

1. *An Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, vol. I, Londres, 1931, pp. 41-48 y 57-60 (la ed., 1776).

tada la división en clases no atañe al sistema de las relaciones interhumanas como ocurría con todas las concepciones analizadas hasta ahora, sino a las relaciones del hombre y las cosas.

Empero basta leer la continuación de los razonamientos de Smith para percatarse de que las diferencias respecto a las fuentes de ingresos son el resultado de las diversas funciones que los individuos ejercen en la vida social, y que siguen estando en correlación con el sistema de los privilegios y de las discriminaciones. Smith no emplea los términos a los cuales nos han acostumbrado las obras de Marx y de sus discípulos (expresiones tales como «intereses de clases» o «lucha de clases»), sino que aborda los problemas vinculados con dichos términos, destacando las relaciones y las dependencias entre las distintas clases.

Smith analiza la contraposición de los intereses de los individuos pertenecientes a esos grupos distintos,<sup>2</sup> habla de la discriminación que pesa sobre los que viven del trabajo asalariado, y describe varias manifestaciones de lo que nosotros solemos denominar la lucha de clases (*combinations offensive or defensive*).

De acuerdo con las ideas del siglo xviii, reasumidas más tarde por Marx y Engels, Smith contrapone las condiciones de la comunidad primitiva y las de la sociedad de clases. Pues no hubo clases sociales mientras no hubo diferenciación de estas tres funciones en la vida económica.

«En ese estado de cosas primitivo que precede tanto a la apropiación de la tierra como a la acumulación del capital, la renta del trabajo pertenecía íntegramente al trabajador. No se conocía ni al latifundista, ni al empresario, con los cuales se tuviese que compartir.»<sup>3</sup>

El concepto de la estructura de clases que distingue a éstas según las fuentes de ingresos y la heterogeneidad de los intereses habrá de ser reasumido en Amé-

2. *Ibid.*, p. 58.

3. *Ibid.*, p. 57.

rica a finales del siglo XVIII a raíz de las reflexiones sobre el papel de los partidos políticos.

James Madison (1751-1836), que más tarde llegaría a ser presidente de los Estados Unidos, siguiendo las huellas de Smith adopta como base de la diferenciación de las clases el reparto desigual de la propiedad y las diferencias en las fuentes de ingresos, y, de acuerdo con ello, también la diversidad de los intereses, sobre la cual pone el acento principal. En lugar de la hermosa tríada de Smith (renta de la tierra, capital, retribución del trabajo), Madison concibe un número mayor de clases cuyos intereses no concuerdan, un número que no está limitado por ningún postulado arquitectónico social. Ello rebaja la nitidez de la estructura de clases en comparación con el concepto del autor de las reflexiones respecto a la riqueza de las naciones, pero, en compensación, Madison caracteriza las clases sociales de un modo más próximo al lenguaje marxista, destacando las múltiples consecuencias de la diferenciación funcional de los cometidos sociales en los procesos económicos y por ende, la trascendencia objetiva de este aspecto de la estructura social; Madison percibe en el carácter clasista de los partidos políticos el reflejo de los intereses de clase en la legislación, el condicionamiento de la opinión y de los sentimientos por parte de los intereses de clase, hecho contra el cual no están en condiciones de actuar las motivaciones religiosas y morales. A estas observaciones tuyas sólo les falta, para coronarlas, la palabra «superestructura».

«La causa más general y duradera que contribuyó a la creación de los partidos políticos (*factions*) —afirma el padre de la Constitución Norteamericana— es la heterogeneidad y la desigualdad en el reparto de la propiedad. Los poseedores y los desposeídos representaron siempre intereses diferentes en la sociedad. Esto mismo se aplica a los deudores y los acreedores. Los intereses de la propiedad de la tierra, los intereses de la industria, los intereses del comercio, los intereses de la finanza y los diversos intereses de menor escala dividen a los in-

dividuos en clases distintas, guiadas por sentimientos y puntos de vista distintos.»<sup>4</sup>

Si redujésemos al esquema funcional la visión multipartita de la estructura de clases que se desgaja de las reflexiones de Madison, ¿estaríamos de acuerdo con él? Es difícil adelantarle por cuanto Madison no se pronuncia sobre el papel social de las diversas clases sino solamente sobre sus intereses y la influencia que estos intereses ejercen en la política y la legislación. De todas maneras cabe afirmar que en las reflexiones madisonianas relativas a las clases sociales entran en juego los criterios del esquema dicotómico y del esquema funcional.

En la América contemporánea la estructura de clases, como vemos, es concebida con harta frecuencia según el esquema gradacional, pero en ciertas ocasiones nos encontramos asimismo ante el esquema funcional. La tradicional tríada de Smith reviste aquí el aspecto de «tres principales grupos funcionales de la sociedad norteamericana», los cuales están formados por los agricultores (*farmers*), los obreros y una tercera categoría denominada *business* que pudiéramos traducir por «hombres de negocios».<sup>5</sup>

En el esquema pluripartito, junto a los agricultores y los obreros (*working class* o, resumido: *labor*), nos encontramos con unas categorías concebidas con los términos: *enterprisers*, *professional*, *managerial employees*, *white collar workers* y otras. Puede encontrarse incluso la categoría de los «arquitectos de la ideología» (*architects of ideology*), o sea los que modelan las opiniones y las ideas (*shapers of opinion and ideas*).<sup>6</sup> Esta categoría, que comprende a los escritores, artistas, educadores, maestros, periodistas, tiene un sentido más restringido

4. J. MADISON, *To the People of the State of New York*, en «The Federalist», núm. 10 (1787), editado por P. L. Ford, Nueva York, 1898.

5. D. BELL, *America's Un-Marxist Revolution*, en el compendio citado *supra*: *Class, Status and Power*, p. 169. Véase igualmente R. S. LYND y H. M. LYND, *Middletown*, Nueva York, 1929, p. 22.

6. L. COREY, *op. cit.*, p. 378.

que el del concepto polaco de *intelligencija*, pero ha sido escogida en consideración a las funciones que en Polonia son consideradas como las más importantes y las más características funciones de la intelectualidad en tanto que grupo distinto de la sociedad: en la actualidad, los *clubs de la intelligencija* son en Polonia precisamente los clubs de los que tienen por misión «modelar la opinión y las ideas».

### *Esquema funcional y jerarquía de las clases*

Entre las clases diferenciadas en el esquema dicotómico, según los criterios de dependencia unilateral, cabe buscar asimismo las relaciones de mutua dependencia. Entre las clases del esquema funcional, del esquema de las dependencias recíprocas, es posible advertir las dependencias unilaterales como lo hace Adam Smith, pongamos por caso, al hablar de las conclusiones entre capitalistas y obreros. Un sistema de clases sociales diferenciadas sobre la base de los criterios funcionales puede presentarse bajo el aspecto de una jerarquía de clases, por cuanto determinadas categorías de cometidos sociales se ven privilegiadas bajo diversos aspectos respecto a las demás; no obstante, cuando en el esquema funcional percibimos una jerarquía de clases, no es porque tengamos en cuenta una gradación dada que pudiéramos considerar unitaria: pues la clase C puede ser superior a la clase B en otros aspectos, así como también por razones diferentes la clase B puede serlo con relación a la clase A.

En el esquema de Smith es otra la relación que se manifiesta entre la clase de los que extraen sus ingresos de la renta de la tierra y la clase de los capitalistas, es otra la relación entre la clase de los capitalistas y la clase de los que viven de la remuneración de su trabajo, y también es otra la relación existente entre la primera y la última de estas clases (siempre y cuando no tomemos en consideración a los propietarios de la tierra que en sus

fincas ejercen al mismo tiempo las funciones de unos capitalistas organizadores del trabajo asalariado).

Igual sucede con el problema de la jerarquía de los estados: nobleza - burguesía - campesinado; la burguesía no es ningún eslabón intermedio entre la nobleza y el campesinado en el sentido en que, en el esquema gradacional, la clase de la *middle class* es algo intermedio entre la *upper class* y la *lower class*. No podemos afirmar que la nobleza es para la burguesía lo que la burguesía es para el campesinado, a no ser que dejemos de interesarnos por el carácter específico de las funciones sociales de los estados y busquemos otro aspecto de la estructura estamental, como el que es factible aprehender en el esquema de gradación (gradación del poder, gradación del prestigio social).

A medida que la sociedad, liberada de las trabas estamentales, se va acercando al tipo ideal de la sociedad capitalista, el género de las riquezas poseídas va perdiendo su importancia para la determinación de la posición social del individuo: el financiero puede convertirse en un industrial, el propietario de un capital móvil puede transformarse en un latifundista, y al revés. Si algún obstáculo se interpone ante ello fuera de las coyunturas momentáneas del mercado suele tratarse más bien de factores psicológicos: la tradición, las costumbres, los gustos e inclinaciones, o la llamada norma de vida, cuando no la cualificación profesional.

Por esta razón, en la sociedad capitalista el género de las fuentes de ingresos no ofrece una base firme para el sistema jerárquico de las clases poseedoras. Como sabemos, entre estas clases se libran a menudo luchas por la dominación en la vida política y económica, se libran luchas por este privilegio o el de más allá, bien sea la lucha por las tarifas arancelarias en Inglaterra, o, en América, entre los representantes de la industria y los representantes de la renta de la tierra, bien los choques entre la industria ligera y la pesada en el Estado de Hitler. Pero la relación entre las distintas clases poseedoras en la jerarquía de las posiciones privilegiadas es una cues-

tión de coyuntura. La relación jerárquica, constante en el marco de un tal sistema de clases, se reduce a una relación entre las clases poseedoras y las clases no poseedoras. Pero cuando centramos la atención sobre esa relación, el esquema funcional se reduce al esquema dicotómico. Esa es la razón por la cual el esquema de Smith pierde su popularidad con el transcurso del tiempo. Pero si aún en el día de hoy nos encontramos a veces en los Estados Unidos en unos términos algo diferentes (agricultores, industriales, obreros) en tal caso los criterios de división ya no son tan claros.

### *Funciones y privilegios en la jerarquía de los estamentos*

Una clara jerarquía de los papeles sociales de las clases, ligada a las distintas funciones en la vida de la colectividad, pero no determinada directamente por la magnitud de la renta o las dimensiones de la propiedad, solemos encontrarla allí donde los privilegios tienen otra base que la riqueza, donde el dinero no es el factor que abre camino a toda suerte de funciones, donde existe un monopolio de los grupos sociales sobre ciertas clases de bienes y de profesiones. Es decir, en un sistema de clases cerradas, o sea en el sistema estamental o de castas.

Los miembros de las distintas castas, o bien —allí donde las castas primitivas fundamentales se escindieron en un gran número de grupos endogámicos—<sup>7</sup> los miembros de las distintas agrupaciones de casta, ejercen unas funciones determinadas en forma general en la vida de toda la colectividad; de la misma manera los miembros de los diferentes estamentos asumen unas funciones deter-

7. En la India, en los tiempos del Veda, la población se dividía en cuatro castas: los brahmanes, los chatrias (casta de guerreros), los vaisias (estado medio) y los zudras. Más tarde, los zudras se dividieron en dos ramas: los zudras puros y los zudras impuros. En los últimos tiempos existían en la India más de 200 castas, las cuales se subdividieron en grupos endogámicos mucho más reducidos aún (subcastas).

minadas. A estas funciones quedan vinculados ciertos privilegios de casta o estamentales, o bien ciertas discriminaciones.

Tales estructuras, de antiguo eran concebidas a través del esquema funcional, el cual presentaba, a la vez, el sistema vertical de las capas, y, por consiguiente, a través de un esquema asentado simultáneamente en las relaciones de dependencia recíproca y en las relaciones asimétricas (gradación de los privilegios). El autorizado defensor de la estructura estamental, santo Tomás de Aquino, escribe: «Los estados en la sociedad y los diversos géneros de actividad que la suerte les ha deparado han sido señalados por Dios. Cada estamento tiene una misión especial por cumplir, cada ser debe permanecer en el lugar en el que Dios ha querido colocarlo, cada cual debe permanecer en su estado y sujetarse a su tarea.»<sup>8</sup>

Pero en unas estructuras en las cuales la pertenencia del individuo a un estrato social se halla establecida institucionalmente y muy particularmente allí donde dicha pertenencia la determinó el origen social, la función que se asume no es la determinante primaria: no es la función del individuo en la vida colectiva la que determina la pertenencia a una casta o a un estado, sino que es la pertenencia personal a una casta o a un estado la que determina la función. Tal es el sentido de la segunda parte de la declaración de santo Tomás citada más arriba.

Esto atañe incluso en cierto sentido al estado eclesiástico en la sociedad católica, en la que el sacerdocio no podía ser hereditario: pero los lazos de la sangre eran reemplazados en tal caso por las ceremonias sagradas que conferían al individuo para toda su vida una cualificación personal análoga a la que el brahmán obtenía por nacimiento.

En las estructuras estamentales y de casta nos encontramos no solamente con la pertenencia institucionalizada a un grupo dado, sino también con el hecho de

8. Citamos según ANTAL, *Florentine Painting and its Social Background*, p. 39.

que toda la jerarquía de las capas se basa en unas sanciones jurídicas o religiosas: el lugar ocupado en la estructura social es asignado directamente a las diferentes capas a través de unos decretos oficiales o sagrados, reforzados por la tradición y también con harta frecuencia por los rituales especiales del prestigio.

La casta inferior no es, en principio, una casta inferior porque sus miembros asuman bajas funciones, sino porque se compone de individuos de baja extracción social; por eso mismo, los miembros de esta casta asumen bajas funciones. Así reza en teoría o, mejor dicho, en la ideología de castas. Pero contra esta teoría se alza la convicción, cada vez más arraigada entre las castas discriminadas, de que la función inferior es la que degrada a los hombres que la asumen. Así se explican las revueltas de la casta impura en la India en los últimos años, la negativa a ejercer actividades mancilladoras (como el remover la carroña y las basuras) con el convencimiento de que el acabar con estas actividades mancilladoras liberará a dichas castas del estigma que las degrada.<sup>9</sup> Esta misma significación tenían las honrosas funciones sociales de los brahmanes o de los chatrias. Sin esas funciones, los mitos sobre el origen no bastarían para mantener en la conciencia social la jerarquía de las castas.

#### *Las clases económicas en la estructura estamental*

Como quiera que los estados y las castas son en principio agrupaciones cerradas y que la pertenencia a las mismas está determinada por el origen social o por actividades mágicas cuyos efectos sociales son indestructibles, el enriquecimiento y el empobrecimiento de los distintos individuos y lo que de ello dimana, es decir, la diferenciación de las posiciones de clase no determinadas por los criterios legales, se opera sin infringir las ba-

rreras estamentales, siempre y cuando se prescinda de hechos tales como la compra de los títulos nobiliarios por los ricos burgueses, lo cual constituyó, a partir del siglo XIV en Francia, por ejemplo, un importante capítulo de ingresos para los reyes.

Habida cuenta de que las consecuencias económicas de los privilegios y de las limitaciones estamentales no impiden el surgimiento de una estratificación clasista en el seno de los diversos estamentos, el esquema de la gradación simple (gradación económica) en la sociedad estamental o dividida en castas, puede tener varias aplicaciones, y el esquema dicotómico con que nos encontramos en las declaraciones medievales puede referirse no sólo a las relaciones entre los estamentos contrapuestos (tales como la nobleza y el campesinado). En el fragmento del *Manifiesto comunista*<sup>10</sup> citado anteriormente se habla entre otras cosas de tales contradicciones de clase en el seno de un mismo estado (el estado burgués).

En el concepto de la sociedad estamental o dividida en castas estas contradicciones y estas gradaciones de clases económicas pueden, o bien extenderse a toda la sociedad, o bien encerrarse en los límites de los diferentes estados: todo depende del aspecto que pueda revestir esa complicada estructura social estamental o de castas. Se trata, en una palabra, de saber si en la conciencia social el sistema estamental se entrecruza con el sistema de las clases económicas o si hemos de ver en ello la aparición de unas estructuras clasistas distintas en el marco de los diferentes estamentos.

En el primer caso se trata de algo parecido a la *gradación sintética* basada en unos criterios inconmensurables entre sí: origen social, privilegios estamentales y riqueza. Esto permitiría comparar sobre la base de esa misma y complicada estratificación la posición social de un miembro de la nobleza rural y la de un patricio ciudadano. En el segundo caso vemos al hidalgo rural en la parte inferior de una escala social, al patricio

10. Capítulo II de la presente obra.

9. Véase R. MUKERJEE y otros, *Inter-Caste Tensions*, University of Lucknow (India), 1951.

en la cima de otra escala social, sin que tengamos una escala sintética, la cual tendría en cuenta tanto el lugar ocupado en las escalas como la relación entre ambas.

Un ejemplo interesante del entrelazamiento de la estructura estamental y de la estructura de clases en las relaciones interestamentales nos lo ofrece el trabajo de Stefan Czarnowski *La réaction catholique en Pologne à la fin du XVIème. et au début du XVIIème. siècle*,<sup>11</sup> por lo menos en cuanto respecta a la conciencia de los intereses comunes de la aristocracia y de los más ricos burgueses. Ahora bien, desde el punto de vista de la ideología de la nobleza polaca, el abismo existente entre los nobles y los que no lo son impediría cualquier aspecto sintético de la estructura de clases en el cual las clases basadas sobre los criterios económicos rebasaran los marcos estamentales de la República de los nobles polacos de aquellos tiempos. Así es que nos encontramos ante una situación enteramente distinta que la que imperaba, pongamos por caso, en el país de Samuel Pepys.

La estructura social de los Estados Unidos, muy especialmente en los Estados del Sur, dada la acusada separación de las instituciones y de los contactos sociales acarreada por la oposición racial, es concebida igualmente y en general no como un entrelazamiento de las estructuras de casta (blancos y negros) con la estructura de clases, sino como una unión de dos sistemas distintos de gradación de las clases (el sistema de clases de la población blanca y el sistema análogo de clases de la población negra) en un sistema de dos castas. En este sistema el dinero no compensa la extracción social. La posición social del negro rico y del blanco pobre no pueden ser comparadas sobre la base de una escala sintética dada. En la Nueva Inglaterra noratlántica, en el estado de Connecticut, un investigador de la estructura social de la postguerra va incluso más lejos: esforzándose por mirar a la sociedad de New Haven con los ojos de la población local, se inclina a observar hasta varias gradaciones

de clases paralelas, cada una de las cuales se halla enmarcada en los diferentes grupos étnicos: anglosajón, negro, polaco, italiano, irlandés. La disposición de estos grupos étnicos, en la que el grupo anglosajón está arriba y el de los negros abajo, en la que cada grupo cuenta con su propio sistema de instituciones y organizaciones, demostró una semejanza con la jerarquía de las castas, aun cuando los grupos étnicos de New Haven instigados por Hollingshead no se diferencian jurídicamente como ocurre con las castas de los blancos y los negros en los Estados del Sur de ese mismo país.

Cabe, al parecer, adelantar la tesis general de que en las sociedades con una estructura compleja, allí donde la jerarquía de los estados o las castas no se superpone a la gradación económica, en los niveles más elevados de dicha gradación, existe la inclinación a concebir la estructura social bajo el aspecto de la gradación sintética como un *cruzamiento* del sistema estamental o de castas con la gradación de las clases económicas y no bajo el aspecto de la coexistencia de los distintos sistemas de gradación económica, cada una de ellas en el marco de otro estamento. Los potentados económicos se inclinan a conceder una mayor atención al poder económico que a los privilegios estamentales; ello explica la facilidad de entendimiento y las frecuentes manifestaciones de la solidaridad de clase que por encima de los estamentos se observan entre los más ricos representantes de la burguesía y la *élite* económica de la aristocracia, bien sea en Francia antes de la Gran Revolución, bien sea en la Polonia del siglo XVI, en oposición a la nobleza acomodada y a la burguesía acomodada. En el nivel más bajo de la gradación económica, cabe esperar asimismo la tendencia a acentuar las divisiones económicas en la estructura de toda la sociedad, por cuanto la miseria es propicia a concebir las relaciones sociales sobre la base de las categorías económicas y a subestimar los privilegios políticos o mundanos en comparación con la situación de riqueza.

En cuanto se refiere a las capas económicas más ba-

11. S. CZARNOWSKI, *Obras*, t. II. Trad. polaca, Varsovia, 1956

jas de los estamentos o las castas superiores, nos encontramos ciertamente también con la tendencia contraria: el subrayar la pertenencia a un estado como una cualificación fundamental defiende al pobre diablo ante el sentinamiento de su degradación social. De ahí el comportamiento de esos pobrÍsimos hidalgos, que «apacentan el ganado no en zapatos de cuero, sino en calcetines, y siegan el trigo y hasta hilan con guantes»; \* de ahí la aguda acentuación de la superioridad de casta en relación con los negros que con harta frecuencia se observa en los «pobres blancos» (*poor whites*), particularmente en los recientemente desclasados «pobles blancos» en América. Empero, los resultados de numerosas investigaciones efectuadas después de la guerra confirman la tesis de que los prejuicios raciales que destrozan la visión de la gradación sintética en escala de toda la sociedad se manifiestan con la máxima intensidad entre la pequeña burguesía norteamericana.<sup>12</sup>

12. Véanse J. DOLLARD, *Caste and Class in a Southern Town*, New Haven, 1937; G. MYRDAL, *An American Dilemma*, Nueva York, 1944.

\* Citación de *Maese Tadeo* de Adam Mickiewicz. (*N. del T.*)

## V. Síntesis marxista

### *La doctrina de Marx sobre el fondo de la historia del pensamiento*

A mediados del siglo XIX nace y se desarrolla merced al esfuerzo de dos pensadores un gran sistema teórico que sintetiza los problemas de la sociología, la economía, la filosofía y la política, y en el que las tesis generales, acordes con el tipo de las proposiciones de las ciencias naturales, constituyen la base de unas concepciones históricas concretas, y las formulaciones e hipótesis más abstractas representan el punto de partida de unos razonamientos que desembocan en conclusiones prácticas en el terreno de la actividad política y económica.

Si aquilatamos la importancia de una obra teórica en base al alcance de sus consecuencias sociales hemos de reconocer que ese sistema es una creación de la máxima trascendencia. A lo largo de un siglo las ideas en él contenidas educaron a los escritores y a los hombres de acción que combatían por el nuevo sistema, y modelaron la conciencia social de la fracción más activa de la clase obrera en Europa y fuera de ella, constituyendo el fundamento del programa social, o mejor dicho de los programas sociales, por cuanto más de un programa buscó en aquel sistema su base y su respaldo teóricos. Aquellas ideas han representado un capital de energía para el movimiento revolucionario, enraizando la fe de que la realización de los objetivos revolucionarios se halla garantizada por las inquebrantables leyes de la historia.

Al cabo de cien años esa doctrina no sólo no ha envejecido ni cesado de actuar directamente en la vida social de una parte considerable de la humanidad sino que ha ampliado notablemente su esfera de influencia.

La fe en la infalibilidad de ese sistema se ha convertido en el fundamento de la educación ideológica de millones de seres, y constituye la formación oficial en las ciencias sociales en extensos territorios de Europa y de Asia.\* Asimismo es un arma de propaganda en la lucha por el fortalecimiento del nuevo sistema y en la lucha por el predominio en el mundo.

Pero la obra de Marx y de Engels no deja de tener también otra trascendencia: la trascendencia de una gran síntesis en la historia de las ideas. La originalidad de las diversas tesis suele exagerarse generalmente en el campo marxista. En casi la totalidad de sus pensamientos fundamentales el autor de *El Capital* tuvo precursores. Es difícil encontrar un ejemplo más vistoso de paternidad colectiva en una obra tan personal de un gran pensador. Las tres fuentes del marxismo acertadamente señaladas por Lenin, a saber, la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, no agotan de hecho ni mucho menos el acervo cultural que ha sido plasmado en las obras de unos autores dotados de un poder tan grande de asimilación. Si queremos trazar la historia de los predecesores del marxismo hemos de tomar en consideración también aquellas obras que no llegaron directamente hasta Marx, como son las cartas de Babeuf a Charles Germain del 10 Thermidor del Año III (28 de Julio de 1795), en las que el autor, en vísperas del *Manifiesto plebeyo*, formula entre otras cosas la ya citada «bárbara ley dictada por el capital» (*la loi barbare dictée par les capitaux*).

La originalidad esencial de los fundadores del marxismo y el motivo por el que la teoría de Marx constituye un viraje decisivo consiste en haber extraído audazmente de las ideas aceptadas unas consecuencias de gran trascendencia, en haber desarrollado las ideas de las más diversas procedencias en un sistema unitario, en haber aunado los conceptos teóricos al programa de acción, al análisis de los acontecimientos históricos y a la visión

\* Y hoy en Cuba libre. (N. del T.)

del futuro, en haber operado la gran síntesis de las distintas corrientes del pensamiento teórico y de los diversos caudales ideológicos. A este respecto, la obra de Marx constituye por así decirlo algo así como una lente gigantesca en la que se concentran los rayos provenientes de los lugares más distintos, lente sensible tanto al legado de las generaciones pretéritas como a las creaciones de la ciencia contemporánea.

Desde la muerte de Lenin nos hemos acostumbrado a asociar al marxismo la imagen no de una lente sino de un instrumento óptico con paredes no transparentes, a través de las cuales, en cuanto al pensamiento postmarxista respecta, sólo filtran los rayos provenientes de una sola dirección.

Por esta razón no se ponderan, entre otras cosas, de un modo normal —bien sea por parte de los adeptos del marxismo, bien por parte de sus adversarios— los nexos tan diversos existentes entre la doctrina de Marx y la historia del pensamiento europeo.

El carácter sintetizador de la teoría de Marx se destaca con singular relieve cuando se analiza el concepto marxista de la estructura social y por ende el concepto marxista de las clases. A esta síntesis de los varios modos de concebir la estructura social y no a la gran síntesis marxista de la concepción del mundo nos referíamos precisamente al formular el título del presente capítulo.

### *El concepto de clase social en la doctrina de Marx*

El concepto de clase social es algo más que uno de los conceptos fundamentales de la doctrina de Marx. Se ha convertido en cierto sentido en el símbolo de toda la doctrina y del programa político que de ésta dimana. Ello destaca en las expresiones «postura de clase», «punto de vista clasista», las cuales no hace tanto tiempo significaban, en los medios marxistas, tanto como el decir «postura marxista» y «punto de vista marxista»: en este

sentido, la «postura de clase» *tout court* se contraponía a la postura burguesa.

Según Engels, Marx operó una inversión absoluta del concepto total de la historia universal, y dicha inversión consistiría en que Marx ha demostrado que «toda la historia ha sido hasta la fecha la historia de la lucha de clases, que en todas las luchas políticas, así las más sencillas como las más complejas, se trata sólo y exclusivamente de la dominación social y política de las clases sociales».<sup>1</sup>

Con el concepto de clase social va ligado asimismo lo que Engels califica en ese mismo artículo como el segundo y gran descubrimiento hecho por Marx, al cual atribuye también un puesto tan importante en la historia de la ciencia: «el esclarecimiento de la relación existente entre el capital y el trabajo». Al concepto de clase social se liga, finalmente, toda la concepción marxista de la cultura en tanto que superestructura de los intereses de clase.

Tenida cuenta la enorme trascendencia del concepto de clase en la doctrina marxista es sorprendente que en las obras de Marx y de Engels no encontremos nunca una definición de este concepto, que utilizan constantemente. Pudiéramos considerarlo como un concepto introducido sin definición, cuyo sentido se esclarece en el contexto; pero basta confrontar las diversas declaraciones en las que, en Marx y en Engels, entra en juego el concepto de clase, para percatarse de que el término «clase» es en ellos un término de connotación variable, que dicho término se aplica a unos grupos distintos, ora por ciertos rasgos, ora por otros rasgos diferentes y divididos en el marco de una categoría más destacada, como ocurre con la categoría de los grupos sociales cuyos intereses económicos son comunes o en la que sus miembros ostentan una situación económica en cierto modo idéntica. Dado que la comunidad de los intereses económicos duraderos es en la doctrina de Marx un aspecto

1. F. ENGELS, *Karl Marx*, «Volkskalender», Braunschweig, 1878.

singularmente trascendental de las clases sociales, nos ha sido fácil destacar el hecho de que no constituye un criterio suficiente de la clase social.

El problema de la definición de la clase social lo afronta Marx de un modo directo a los treinta años de haberse publicado el *Manifiesto comunista*, en las últimas páginas de la obra principal de su vida. El manuscrito del tercer tomo de *El Capital* se corta precisamente en el momento dramático en que el autor trataba de contestar a la pregunta: «¿Qué es una clase?»

No sabemos cómo hubiera sido la respuesta si la muerte no hubiese interrumpido el curso de las reflexiones, y si Marx hubiera asumido alguna postura frente a las divergencias relativas a sus declaraciones anteriores.

La pregunta que cierra el manuscrito de *El Capital* no fue recogida por Engels después de la muerte de Marx. La ulterior definición de Lenin, que popularizaron los manuales y las enciclopedias marxistas, reúne dos fórmulas distintas, y no sabemos por tanto cómo debemos considerarlas: ignoramos si el autor ve en ellas dos definiciones equivalentes que atañen a la misma esfera y las liga con el fin de dar una caracterización más llena a lo designado, o bien si la reunión de las dos fórmulas es imprescindible, porque los rasgos determinados por una de ellas pueden no coexistir necesariamente con las características determinadas por la segunda fórmula.

Independientemente de esta cuestión, expresiones metafóricas como «el lugar ocupado en un sistema de producción social históricamente determinado» pueden interpretarse diversamente: la definición leninista es lo bastante plástica como para poderse adaptar a todos los matices semánticos del término «clase» en las obras de Marx y Engels.<sup>2</sup>

2. «Llamamos clases a aquellos grandes grupos de personas que se diferencian por el puesto que ocupan en el sistema históricamente determinado de la producción social, por sus relaciones (en la mayoría de los casos sancionadas y fijadas por la legislación) con los medios de producción, por su función en la organización social del trabajo y, por tanto, por el modo de existencia

La definición de Bujarin,<sup>3</sup> que asimismo entiende abarcar el concepto marxista de las clases sociales ofrece mayores posibilidades aún de interpretación y sólo la clasificación de las clases sociales adelantada por Bujarin permite orientarse respecto a las connotaciones que el autor atribuye a dichas clases.<sup>4</sup>

Como es sabido, al utilizar un concepto de la clase asentado en los criterios económicos, Marx lo suele limitar a veces merced a la introducción de los criterios psicológicos: un conjunto de individuos, que bajo el punto de vista económico responde a los criterios de la clase social, deviene una clase en el pleno sentido, sólo cuando los miembros de este conjunto se hallan unidos por la conciencia de clase, la conciencia de sus intereses comunes, por un lazo psíquico resultante de los comunes antagonismos de clase.<sup>5</sup>

El autor se percata personalmente de esta duplicidad semántica e introduce una distinción terminológica: *Klasse an sich* y *Klasse für sich*; pero no se sirve de estos términos más restringidos, generalmente, en el curso de sus reflexiones.

La «clase» que no es clase en sentido pleno por fal-

---

y la magnitud de la parte de riqueza social que poseen. Las clases son unos grupos de personas entre las cuales una puede apropiarse el trabajo de la otra gracias al hecho de ocupar un puesto diferente en un sistema determinado de economía social.» Edición rusa de las obras de Lenin, t. XXIX, p. 388.

3. N. BUJARIN, *Historical Materialism. A System of Sociology*, trad. del ruso, Londres, 1926, p. 267.

4. *Ibid.*, p. 282-284.

5. Véanse: *La ideología alemana, Feuerbach*: «Los diferentes individuos no constituyen una clase más que si han de sostener una lucha común contra otra clase» (citamos según la trad. francesa de las *Obras completas* de Carlos MARX, *Obras filosóficas*, vol. VI, París, 1937, p. 224). *Manifiesto comunista*: «La organización del proletariado en clase y por consiguiente en partido político (...)» (MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, t. I, Varsovia, 1949, p. 39). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*: «En la medida en que (en el original: *insofern*) millones de familias viven en condiciones económicas tales que distinguen a su modo de vida, sus intereses y su cultura de los de las demás clases y las contrapo-

tarle el lazo psíquico suele llamarla Marx, a veces, de otra manera (por ejemplo, con el término «capa»); o bien se limita a un término especial (por ejemplo el de «pequeño campesino»), evitando un término más general. A veces, también, en relación con ciertas clases y aun cuando son conscientes de sus intereses de clase, éstas suelen ser llamadas por Marx «fracciones» de una clase sobresaliente. Así, por ejemplo, los capitalistas y los propietarios de la tierra constituyen a veces en Marx dos clases distintas mientras que otras veces representan a las dos fracciones de una clase, o sea de la burguesía.

Todas estas divergencias semánticas relativas al término de «clase» eran muy probablemente para Marx menos importantes pues, según su propia teoría, el ulterior desarrollo social había de desactualizarlas totalmente debido a la ampliación de la conciencia de clase y a la vaticinada desaparición de las diferencias entre la clase *an sich* y la clase *für sich*, así como también en resultado del proceso de polarización de la estructura social.

Además es posible plantear la cuestión de otra manera; cabe aceptar, por ejemplo, que en lugar de una definición de la clase social, capaz de permitir el establecer la connotación de este concepto, Marx nos brinda un *modelo* de la clase social, su tipo ideal que ha de realizarse plenamente en el futuro, en la última fase del capitalismo. En la época en que nacen las obras de Marx, al tipo ideal de la clase social se aproxima el proletariado fabril

---

nen hostilmente a éstas, aquéllas forman una clase. Pero en la medida en que entre los pequeños campesinos sólo existen unos lazos locales y la identidad de intereses no crea ninguna comunidad entre ellos, ningún vínculo en escala nacional y ninguna organización política, no constituyen una clase. Por consiguiente son incapaces de defender sus intereses *de clase* (subrayado por S. Ossowski). En esta última proposición, la «clase» significa otra cosa que en la proposición precedente. Por lo demás, lo mismo cabe decir de la proposición que leemos un poco más arriba en el mismo escrito de Marx: «Bonaparte representa a una cierta clase, es decir, la clase más numerosa de la sociedad francesa, los *pequeños propietarios rurales*» (MARX-ENGELS, *Obras escogidas*, t. I, Varsovia, 1949, p. 309).

de la Europa Occidental. Los demás grupos sociales personificados en base a los criterios económicos pueden constituir clases sólo en cierto modo, mayor o menor, pueden acercarse al tipo ideal bajo este aspecto o el otro. De ahí que las tentativas por enmarcarlos en categorías conceptuales claramente delimitadas desemboquen necesariamente en la homonimia.

Ahora bien, tanto en un caso como en otro, al referirnos a la concepción marxista de la estructura de clases, es preciso tener presente que los miembros de esta estructura no son sólo aquellos grupos que Marx denomina clases allí donde los contraponen a las capas o estratos, y en los cuales «la identidad de los intereses no crea ninguna comunidad..., ningún vínculo en escala nacional ni ninguna organización política».

Pronto tendremos ocasión de comprobar que en la concepción marxista de la clase social entran en juego ciertas complicaciones de índole conceptual que ya no son sólo una cuestión de terminología.

#### *Las interpretaciones de la estructura de clase en la concepción marxista*

Ya hemos dicho que la obra de Marx y de Engels constituye una lente en la que se reflejan las múltiples corrientes del pensamiento europeo. En lo que atañe a los problemas abordados en el anterior capítulo, en las reflexiones marxistas volvemos a encontrar los tres esquemas de la estructura social que ya hemos analizado y otro más, un nuevo y peculiar modo de concebir el sistema de las clases mediante el cruzamiento de las tres divisiones dicotómicas.

#### *La dicotomía fundamental*

Así, pues, hay que decir en primer lugar que, tanto Engels como Marx, son los herederos de las visiones di-

cotómicas propias del folklore y de la ideología combatiente de las revoluciones populares. La imagen del secular antagonismo entre las clases opresoras y las clases oprimidas nunca desaparece del campo visual cuando se leen las obras de Marx y de Engels. Hemos hablado ya de las visiones dicotómicas del drama histórico en el *Manifiesto comunista* y en la obra de Engels aparecida tres años antes.<sup>6</sup> A este respecto hemos llamado la atención en torno a las dos maneras de concebir bajo el aspecto dicotómico las relaciones interhumanas en la estructura social: los múltiples antagonismos entre las diversas clases opresoras y oprimidas en la sociedad de las épocas pasadas cedían el puesto a una única e integral dicotomía, la cual, según las previsiones del *Manifiesto*, ha de ser realizada plenamente por la sociedad capitalista en el penúltimo acto del drama, en el período que precede a la catástrofe; al acercarse a esa dicotomía la estructura social del mundo capitalista se acerca por tanto a su fin.

La tendencia al desarrollo en este sentido caracteriza ya, a juicio de los fundadores del marxismo, a la sociedad en que ellos vivían y en la que Marx intuye «la decadencia inevitable de la clase media burguesa y del llamado campesinado en el sistema actual»;<sup>7</sup> y en la que, según Engels, ya se está operando «la escisión de la sociedad en una pequeña clase desmesuradamente rica y una gran clase de asalariados desposeídos».<sup>8</sup> Marx ve en la insurrección de los obreros parisinos del 22 de junio de 1848 la «primera gran batalla entre las dos clases en que se halla dividida la sociedad moderna..., la guerra entre el capital y el trabajo».<sup>9</sup>

6. Véase cap. II del presente trabajo.

7. MARX-ENGELS, *Trabajo asalariado y capital*, en *Obras escogidas*, I, p. 75.

8. ENGELS, *Introducción a la obra de Marx: Trabajo asalariado y capital*, en *Obras escogidas*, I, p. 73.

9. *Las luchas de clases en Francia*, en *Obras escogidas*, t. I, pp. 150-151.

Marx, revolucionario y creador de una visión dramática de la historia, desarrolla una concepción dicotómica de la sociedad de clases. En tanto que sociólogo, Marx, al analizar la estructura de la sociedad contemporánea, debe alterar la nitidez de la división dicotómica introduciendo las clases intermedias, no puede no reparar en las «masas de la nación que se encuentran entre el proletariado y la burguesía».<sup>10</sup> Estas clases intermedias constituyen un elemento muy importante en las representaciones de la realidad contemporánea que nos ofrecen los escritos históricos de Marx. A veces —y conforme a la definición más estricta de la clase social— se habla en esos escritos de *estratos* intermedios, otras veces aparece el término «estado medio», que en este caso no designa ni mucho menos a un grupo institucionalizado como lo era, pongamos por caso, el *tiers état*, el estado llano francés.

La heterogeneidad de las posiciones sociales y de las situaciones económicas de estas clases intermedias hace que sea difícil encerrarlas en un esquema unitario. El término «clases intermedias» sugiere un esquema de gradación. Y efectivamente, solemos encontrar a veces en Marx el concepto de las clases intermedias como un conjunto de individuos que ocupan una posición mediana dentro de la gradación económica, independientemente del tipo de relaciones que mantienen con los medios de producción, y de la diversidad de sus cometidos sociales y de sus fuentes de ingresos.

Así, por ejemplo, en el *Llamamiento del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, elaborado por Marx y Engels en el año 1850, la «pequeña burguesía» comprende también a los representantes del pequeño capital cuyos intereses se oponen a los intereses de los grandes capitalistas. Y en *La guerra civil en Francia*, Marx escribe sobre «la clase media liberal alemana con sus profesores,

10. *Ibid.*, p. 140.

sus capitalistas, sus burgomaestres y sus periodistas.<sup>11</sup>

En este caso, la clase media se halla concebida del mismo modo que en Inglaterra o en América se concibe la *middle class*. El capitalista —el propietario de los medios de producción— puede pertenecer a una u otra clase: todo depende de la magnitud del capital. Sólo que para Marx no se trata aquí de una cuestión de «esferas de la buena sociedad» o de rúbricas en las tablas estadísticas, ya que él vincula a la magnitud del capital la diversidad de los intereses de clase.

Pero no es ésta, sin embargo, la concepción de la clase intermedia que entró a formar parte del bagaje de conceptos fundamentales en el análisis marxista de la sociedad capitalista. Al elaborar su sistema teórico, Marx crea la base para una nueva concepción de las clases que ocupan una posición intermedia entre la clase de los capitalistas y la del proletariado. Esta concepción, pese a no haber sido formulada en su forma definitiva por Marx ni por sus discípulos, está ligada al esquema de la estructura de clases de la sociedad capitalista, esquema especialmente característico para Marx y el marxismo, y en el que a las tres clases sociales corresponden tres tipos de relaciones con los medios de producción.

En dicho esquema la clase intermedia corrientemente definida con el nombre de «pequeña burguesía», trate-se bien de los habitantes de la ciudad, bien de los habitantes del campo, se halla definida mediante la aplicación simultánea de dos criterios, cada uno de los cuales constituye por separado una base para una demarcación dicotómica de las clases sociales, y cada uno de ellos en forma diversa.<sup>11</sup> Uno de los criterios se asienta en la propiedad de los medios de producción. En el esquema dicotómico este criterio divide la sociedad en *clase poseedora* y en *clase desposeída*.<sup>2</sup> El segundo criterio es el trabajo, que aún, a diferencia del de Saint-Simon, no abarca las altas funciones de dirección en las empresas capitalistas. Este segundo criterio lo hemos encontrado tam-

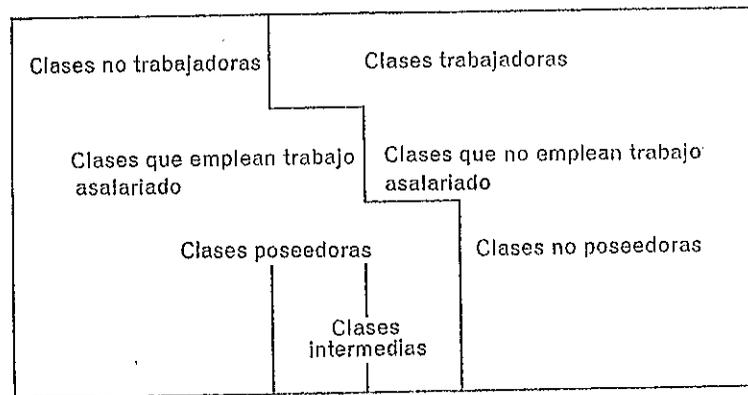
11. *Obras escogidas*, I, p. 462.

bien en el esquema dicotómico: según este criterio, la sociedad se divide en *clase trabajadora* y *clase no trabajadora*. Con este concepto, la clase intermedia comprende a los individuos pertenecientes a las dos categorías entrecruzadas. Se trata de aquellos individuos que, siendo propietarios de sus propios medios de producción, los utilizan personalmente.

Pero el marxismo utiliza incluso otra versión de esa división tripartita, versión que, generalmente, no se distingue de la anterior. El primer criterio divisorio (propiedad de los medios de producción) permanece sin cambio mientras que el segundo criterio lo constituye no el trabajo, sino el hecho del *no aprovechamiento del trabajo asalariado*. En esta versión, la clase intermedia es más restringida que en la anterior versión: no comprende a todos los trabajadores que poseen sus propios medios de producción sino solamente a aquellos que, trabajando para sí, no emplean ninguna fuerza de trabajo asalariada. Con esta versión, un campesino rico que emplea permanentemente a un par o tres de mozos o que se sirve de los pequeños labradores que trabajan para él a cambio de sus deudas, pertenece ya a la clase de los capitalistas rurales. Según la primera versión, la «pequeña burguesía», comprende a ambas capas: tanto a los que trabajando en su propia empresa emplean una mano de obra asalariada, como a los que no emplean ninguna. Bajo el punto de vista sociológico, en ciertas condiciones, se impone más bien la primera versión, mientras que en otras condiciones se impone la segunda; todo depende de la diversidad de las circunstancias, de lo cual no vamos a ocuparnos aquí. La reunión de ambas versiones nos ofrece dos clases intermedias funcionalmente distintas, como se pone de relieve en el diagrama de la página siguiente.

Desde el punto de vista de las hipótesis marxistas relativas a la tendencia al desarrollo del capitalismo, la posición de la pequeña burguesía en la intersección de las dos clases fundamentales suele interpretarse incluso de otra manera: la pequeña burguesía pertenece a la cla-

se poseedora de acuerdo con las condiciones actuales, pero pertenece al proletariado debido a las perspectivas futuras; no sólo el artesano, sino también el pequeño campesino es un proletario potencial.<sup>12</sup>



A este esquema tripartito le corresponde asimismo la gradación económica: los capitalistas son aquella clase que posee los grandes medios de producción o, cuando menos, lo suficientemente grandes como para emplear una mano de obra asalariada; la pequeña burguesía es la clase que dispone de modestos medios de producción; el proletariado es, en lo fundamental, una clase privada en absoluto de medios de producción. Empero, en este esquema funcional (de los límites entre las clases deciden las funciones sociales (las relaciones con los medios de producción, el trabajo, la relación con el trabajo asalariado) y no el grado de riqueza. En cambio, en el esquema gradacional del que hemos hablado hace poco la cla-

12. ENGELS, *La cuestión campesina en Francia y en Alemania* (1894), en *Obras escogidas*, 1959, pp. 405 y 406.

Bujarin, al desarrollar la teoría marxista de las clases sociales, establece una diferencia entre las categorías de las clases intermedias que se sitúan entre las dos clases fundamentales, en forma distinta a nuestro esquema: él distingue efectivamente a las clases intermedias, las clases transitorias (*transition classes*) y las clases mixtas (*mixed class types*). (*Op. cit.*, pp. 283-284).

se media podría comprender igualmente a los rentistas, a los propietarios de pequeñas empresas industriales, y a otros capitalistas con unos bienes que no rebasaran los marcos de una «riqueza media».

Sin embargo, la estricta observancia de los criterios funcionales de índole económica para trazar la línea de demarcación entre la clase de los capitalistas, de la pequeña burguesía y del proletariado, lleva a enfrentarse con los criterios sociológicos: en su condición de asalariado el ingeniero empleado en una empresa capitalista debería incluirse en las filas del proletariado al igual que el médico empleado en un sanatorio privado. Como sabemos, para Marx, el concepto de proletariado está ligado con la concepción de una dicotomía fundamental. El proletario es un hombre que no está defendido ante la explotación más despiadada por ninguna cualificación especial que impida el reemplazarlo por cualquier otro trabajador dotado sólo y exclusivamente de su fuerza física. Este criterio, conforme a las intenciones de Marx, excluye que el médico o el ingeniero en cuestión sean asimilados a la clase del proletariado.

Además, según la tesis marxista de que la clase está unida por la comunidad de intereses en los grandes conflictos sociales, aún existe otro factor susceptible de aportar una corrección al esquema basado en «las relaciones con los medios de producción»: en el sueldo de un ingeniero empleado por un capitalista, se encierra parte de la «plusvalía» producida por los obreros y de la cual se apropia el capitalista.

Resumiendo las consideraciones que hemos hecho respecto de este esquema marxista de las funciones sociales sobre el fondo de los tipos de concepciones de la estructura social que acabamos de reseñar, podemos entrever aquí una interferencia de la visión dicotómica o del esquema gradacional. La clase media constituye, según esta concepción, el campo fronterizo entre las dos clases fundamentales y antagónicas. La clase media se distingue merced al hecho de que las clases fundamentales se contraponen una a la otra no en base a un solo

criterio sino partiendo de dos o tres criterios a los cuales corresponden diversas esferas. La clase media se compone de individuos que bajo ciertos aspectos están ligados a una de las dos clases fundamentales, y bajo otros aspectos a la otra: ligados bien en el sentido lógico (características pertenecientes a la definición de la primera o de la segunda clase), bien en el sentido sociológico. Al mismo tiempo, y como ya se ha dicho, la «pequeña burguesía», determinada por una peculiar «relación con los medios de producción», ocupa una posición central en la gradación económica tripartita (magnitud de los medios de producción poseídos).

#### *Esquema funcional tripartito sin clase intermedia*

Mientras que en el Marx revolucionario prevalece la concepción dicotómica de la estructura social, en el Marx teórico, junto al esquema tripartito con una clase media enmarcada entre las dos clases antagónicas, nos hallamos a veces ante un esquema que constituye un legado científico de la economía burguesa: el esquema funcional tripartito de Adam Smith. Tanto en Marx como en Engels este esquema aparece raramente,<sup>13</sup> pero su trascendencia se incrementa por el hecho de que ese mismo esquema representa el punto de partida del último capítulo del tercer tomo de *El Capital*, capítulo consagrado al análisis de las clases en la sociedad moderna. Este capítulo LII, apenas empezado e intitulado *Las clases*, se abre con las palabras:

«Los propietarios de la simple fuerza de trabajo, los propietarios del capital y los latifundistas, cuyas respectivas fuentes de renta son el salario, el beneficio y la renta de la tierra, dicho en otras palabras, los obreros asalariados, los capitalistas y los latifundistas, constituyen las tres grandes clases de la sociedad moderna basada en el sistema capitalista de producción.»

13. Véase *Ludwig Feuerbach, Obras escogidas*, II, p. 374; Carta de Marx a Engels del 30-IV-1868.

Y un poco más adelante, precisando la pregunta que hemos citado anteriormente («¿Qué es una clase?»), Marx toma como punto de partida precisamente esta concepción de la estructura social.

Mientras que, según el concepto dicotómico y en la concepción marxista que hemos examinado anteriormente, el acento recae sobre las relaciones interhumanas, tenemos que en la concepción de Smith predomina el punto de vista del economista sobre el del sociólogo: lo que se sitúa en un primer plano es la relación de los hombres con las cosas. Las nítidas categorías económicas, los criterios concernientes a la relación con las cosas, no dejan lugar, en la estructura social, a las clases intermedias, que el sociólogo no puede omitir. En el esquema de Smith los individuos que poseen sus propios medios de producción y trabajan ellos mismos no forman una clase distinta sino que pertenecen a un tiempo a dos o tres clases.

«Ocurre a veces (...) que un simple obrero cualquiera posee una reserva de dinero suficiente como para permitirle la adquisición de sus propios materiales de trabajo y asegurar sus medios de vida hasta que el trabajo dé sus frutos. Es a un tiempo patrón y obrero (*master and workman*) y se beneficia del pleno producto de su trabajo, o sea del total del valor que le agrega al material objeto del trabajo. Este provecho comprende los dos tipos distintos de renta que normalmente corresponden a dos personas distintas.»<sup>14</sup>

Este punto de vista es tenido en cuenta por el mismo Marx en el tercer tomo de *El Capital* e incluso es digno de su aprobación bajo ciertas condiciones.<sup>15</sup>

14. *Op. cit.*, vol. I (Londres, 1931), p. 59.

15. «Si un trabajador independiente —por ejemplo un pequeño campesino, respecto al cual cabe aplicar las tres formas de renta— trabaja por su cuenta y vende su propio producto, es considerado en primer lugar como el dueño de sí mismo (capitalista) que se emplea a sí mismo como trabajador, y como propietario de la tierra suya, que se emplea a sí mismo a título de jornalero o de aparcerero. Él mismo se paga su salario como obrero, exige el

Nos hallamos, pues, en Marx con dos tipos diferentes de esquemas tripartitos de la estructura social a los cuales cabe aplicar la definición de la clase como a un grupo determinado por la relación con los medios de producción. En el primer caso (capitalistas - pequeños burgueses - proletariado) a las distintas clases corresponde una *relación* distinta con los medios de producción; en el segundo (propietarios de la tierra - propietarios del capital - propietarios de la fuerza de trabajo) las clases están determinadas por la *relación con los diversos medios de producción*, considerándose en este caso la fuerza de trabajo como una categoría de los medios de producción.

#### *Estructura pluripartita*

Como recordaremos, el esquema funcional puede comprender más de tres clases. Eso lo hemos visto en Madison. En Marx no encontramos nunca una formulación en la que se enmarque directamente la estructura social en semejante esquema pluripartito. Sin embargo, cuando conjugamos las declaraciones contenidas en sus diversas obras, nos damos cuenta de que es posible extraer también esta representación de dichas obras. En la *Ideología alemana* encontramos la contraposición de la burguesía y de la clase de los grandes industriales y en este caso se trata de dos clases que asumen funciones sociales diferentes y bajo un cierto aspecto hasta opuestas, por cuanto los intereses de la burguesía se hallan encerrados dentro de las fronteras de cada nación, mientras

beneficio como capitalista y se paga la renta como propietario de la tierra. Presuponiendo el modo de producción capitalista y las relaciones correspondientes como base social general, esta definición es exacta en el sentido de que no es merced a su trabajo, sino merced a la posesión de los medios de producción... que ese trabajador independiente está en condiciones de apropiarse de su propia plusvalía.» *Das Kapital*, III Band. Dietzverlag, Berlín, 1949, p. 932.

que la clase de los grandes industriales es una clase a escala internacional, una clase de carácter cosmopolita.<sup>16</sup>

En *La lucha de clases en Francia* Marx nos muestra cómo chocan los intereses de clase de la aristocracia financiera con los de la burguesía industrial,<sup>17</sup> por lo que a la aristocracia financiera le atribuye Marx «la sed de enriquecimiento no con la producción, sino apropiándose de las riquezas ya existentes», y por eso la llama irónicamente «el lumpenproletariado en la cúspide de la sociedad burguesa».<sup>18</sup> Junto a estas dos clases que luchan entre sí Marx menciona a la pequeña burguesía excluida del poder político.

Poco más de un año después, al describir a esta misma burguesía en *El dieciocho Brumario*, Marx traza de otra manera aún la línea divisoria entre las dos fracciones antagónicas de la burguesía: el antagonismo cuya superestructura ideológica es el conflicto entre orleanistas y legitimistas, se basa en la rivalidad entre el capital y el latifundio.<sup>19</sup> Estas fracciones asentadas en los diversos tipos de propiedad son las dos clases fundamentales del esquema de Adam Smith.

Si ahora tomamos en consideración la diferenciación de clase entre el campesinado, tal y como la presenta Engels, pongamos por caso, en la Introducción a *La guerra campesina en Alemania*,<sup>20</sup> y si no echamos en olvido el lumpenproletariado —que no es una «clase», según las definiciones marxistas, sino un «estrato» que «forma una masa claramente distinta del proletariado industrial»,<sup>21</sup> una capa capaz de jugar un papel singular en los movimientos sociales—, obtendremos un cuadro de la diferenciación funcional de la sociedad capitalista con siete, ocho y hasta nueve clases o estratos.

16. *Oeuvres philosophiques*, VI, p. 219.

17. *Obras escogidas*, I, p. 132.

18. *Ibid.*, I, p. 134.

19. *Ibid.*, I, pp. 252-259.

20. *Ibid.*, I, pp. 607-608.

21. *Las luchas de clases en Francia*, en *Obras escogidas*, I, p. 145.

En su cualidad de revolucionario, de economista y de sociólogo, Marx hereda la totalidad de los tres tipos fundamentales de concebir la estructura social que encontramos en la historia del pensamiento europeo: el esquema dicotómico, el esquema gradacional y el esquema funcional. Al mismo tiempo introduce un cuarto esquema que constituye un modo muy peculiar de concebir dicha estructura: a través del cruzamiento de dos o de tres divisiones dicotómicas. Es precisamente este modo el que se ha convertido para nosotros en el esquema marxista clásico aun cuando no es éste el que Marx utiliza en sus reflexiones sobre el concepto de clase tal y como las emprende en las últimas páginas de su obra principal.

Considerando que podemos distinguir entre las dos versiones de este clásico esquema y dado también que junto al esquema funcional tripartito de Adam Smith, formulado explícitamente por Marx, encontramos en sus obras, en forma implícita, una versión pluriclasista del esquema funcional que trae a la memoria el concepto de Madison, encontramos en las obras de Marx y de Engels por lo menos seis maneras diferentes de representar la estructura de la sociedad capitalista de su época.

La definición de las clases sociales mediante la relación con los medios de producción se aplica así al clásico esquema marxista como al esquema de Smith y al que podemos ligar al nombre de Madison.

Los diversos esquemas no significan ni mucho menos tesis contradictorias. El aspecto dicotómico en la teoría marxista de las clases señala la dirección del desarrollo de la sociedad capitalista y, con esta perspectiva, los esquemas pluripartitos deben referirse a los fenómenos transitorios. Pero aun sin sujetarse a las tendencias de desarrollo, el esquema de Adam Smith en el tercer tomo de *El Capital* o en otro lugar no entra necesariamente en contradicción con la dicotomía fundamental: basta con incluir a los propietarios de la tierra y los propietarios del capital en la categoría superior de la «clase po-

seedora» y contraponerla a los «propietarios de la fuerza de trabajo» en tanto que «clase no poseedora». El esquema de gradación tripartita puede conciliarse con la concepción dicotómica mediante la definición de la clase media como una esfera en la que se cruzan los ámbitos o como el campo fronterizo entre las dos clases contrapuestas.

Podemos buscar incluso otra explicación. En la representación marxista de la sociedad capitalista la dicotomía atañe a las clases que participan en la producción *capitalista*, la cual no es la única forma de producción en las sociedades capitalistas actuales. La dicotomía es entonces un esquema fundamental para el *modelo* marxista de la sociedad capitalista: se trata en este caso de las dos grandes clases que se manifiestan «en el seno de la empresa capitalista», como dice Labriol. Pero así entendido el biclasismo de la sociedad capitalista no entra en contradicción con la existencia de otros grupos sociales, puesto que se admite que en el seno de dicha sociedad perviven hasta hoy día otras formas de relaciones de producción y por lo tanto aquellas clases a las cuales corresponden. El esquema dicotómico ha de caracterizar a la sociedad capitalista en atención a la forma de las relaciones de producción que en la misma prevalecen y que le son peculiares; el esquema pluripartito, por su parte, en atención a la estructura social verdadera y real.<sup>22</sup>

22. «Decir que el capitalismo se halla caracterizado por la organización autoritaria de la fábrica y la división en clases —capitalistas y asalariados— que de ella se desprende, no es negar que con el capitalismo sobreviven otros regímenes económicos. [...] Si Marx se ocupaba de las dos grandes clases existentes en el seno de la empresa capitalista, no podía suprimir por eso con un plumazo de su pluma autoritaria a la pequeña burguesía, a los grupos profesionales y otros pequeños oficios inclasificables». Arturo LABRIOLA, *Karl Marx - L'économiste - Le socialiste*, París, 1909, pp. 185-186.

Sorel llama la atención sobre el hecho de que en Marx las construcciones lógicas se mezclan a menudo con las descripciones de los fenómenos reales, y supone que Marx no siempre se

El esquema de Adam Smith pone de relieve unos problemas diferentes respecto a los que destacan en el esquema marxista basado en dos o tres criterios divisorios. La pequeña burguesía, que constituye un elemento tan importante en los análisis marxistas de la sociedad francesa de aquellos tiempos, no es lo bastante importante, bajo ciertos puntos de vista de tipo económico, como para hallarse separada en el esquema funcional de Smith. No obstante, Smith no se olvida de la existencia de la pequeña burguesía: él la ve en ese grupo de individuos que en razón de determinados criterios económicos pertenecen a un tiempo a dos o tres clases separadas en la visión que él tiene de la estructura social. Esto no está en desacuerdo con el clásico esquema marxista en el que la pequeña burguesía como clase intermedia se halla ligada al proletariado bajo un criterio y a la clase de los capitalistas según el otro.

Para determinados fines teóricos y prácticos les convenía mucho más a los fundadores del marxismo un cierto aspecto de la estructura social, y para otros fines el otro aspecto.

### *Dos categorías de luchas de clases*

También es preciso recordar que el servirse de unos mismos términos para describir la realidad bajo sus distintos aspectos y para formular generalizaciones de puntos de vista diversos puede llevar a ciertos malentendidos. Es muy fácil dejar de advertir que el concepto de lucha de clases, fundamental para el marxismo, comprende dos categorías distintas de procesos históricos: *a)* las luchas emancipadoras en el marco del antagonismo secular de las clases opresoras y las clases oprimidas, *b)* las luchas entre las clases rivales, entre las clases que as-

daba cuenta del carácter abstracto de su teoría de las clases. (G. SOREL, *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, París, 1929, p. 184; la 1.ª edición salió en 1918).

piran al poder en una sociedad con una estructura multipartita. A menudo no se tiene en cuenta que las luchas de clases a las cuales se refiere el primer capítulo del *Manifiesto comunista* son unos conflictos sociales de muy diverso género en comparación a las que Engels, por ejemplo, expone en la introducción a la nueva edición póstuma de la obra marxista *Las luchas de clases en Francia*.

«La historia de las sociedades que hasta la fecha han existido —leemos en el *Manifiesto*— es la historia de las luchas de clases. Libertos y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos de la gleba, maestros de las corporaciones y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos, siempre se opusieron entre sí, sostuvieron una lucha ininterrumpida, a veces solapada, a veces abierta.»

He aquí otra representación de la lucha de clases que hallamos en la Introducción de Engels:

«Todas las revoluciones ocurridas hasta la fecha condujeron a la substitución del dominio de una clase por el de otra; pero hasta ahora todas las clases dominantes fueron siempre una ínfima minoría en comparación con la masa del pueblo dominado (...). La forma común a todas estas revoluciones consistió en el hecho de que todas fueron revoluciones de unas minorías. Incluso cuando la mayoría tomaba una parte activa en ellas, lo hacía sólo —consciente o inconscientemente— al servicio de una minoría (...).»<sup>23</sup>

Hemos citado estos dos populares pasajes para mostrar que quienes consideran la historia de la lucha de clases —lucha que constituiría el motor de la historia— como si se tratase exclusivamente de la historia de las luchas de las mayorías oprimidas contra las minorías de los explotadores, unas veces, y otras veces como si se tratase únicamente de la historia de las luchas entre las clases de la minoría que rivalizan por el poder, podrían ser desmentidos con el ejemplo de los clásicos del marxismo.

Es bueno percatarse del problema de que esta duplici-

23. *Obras escogidas*, t. I, pp. 114-115.

dad está ligada con las tendencias a ulteriores simplificaciones en la representación de los acontecimientos históricos. Así, por ejemplo, tenemos la tendencia a considerar los movimientos de emancipación no llegados a la madurez, los llamados movimientos campesinos u obreros en las épocas que preceden el pleno triunfo de la burguesía, como si no tuvieran en la historia ningún otro significado que el que les confiere su participación en las luchas que se libran entre las clases pertenecientes a los grados superiores de la estructura social, las clases que rivalizan por el poder. Uno de los más destacados representantes del marxismo oficial en la Francia actual, Roger Garaudy, atribuye a los comunistas franceses del siglo XVIII un papel reaccionario por cuanto su actividad debilitaba el poder ofensivo de la burguesía en lucha contra el feudalismo.<sup>24</sup> Asimismo, parece que Jaurès apreciaba la conjuración de Babeuf 40 años antes.

#### *Agudeza de las contradicciones e interpretación clasista de los fenómenos culturales*

Nos parece que en la propia tesis según la cual la lucha de clases es el motor de la historia se incluyen las tesis relativas a las dos categorías de nexos causales. Según la primera, son también motor de la historia las luchas entre la clase oprimida y la clase opresora, mientras que según la segunda, son el motor de la historia las luchas entre las clases cuyos intereses son distintos. Si nos atenemos a los antecesores de Marx, la tesis primera puede ligarse al pensamiento de Babeuf y la segunda, al de Madison o de Ricardo. Según la primera, el fenóme-

24. «Toute doctrine qui tend alors à diviser le Tiers-État en mettant au premier plan les conflits nés de l'inégalité des fortunes, diminue la force offensive de cette classe contra la féodalité et joue par conséquent un rôle de frein, un rôle réactionnaire. Les utopies socialistes jouent alors ce rôle et n'ont par conséquent qu'un caractère négatif et rétrograde.» (R. GARAUDY, *Les sources françaises du socialisme scientifique*, Paris, 1949, p. 29.)

no fundamental para el esclarecimiento causal reside en la apropiación de la «plusvalía» y la opresión del hombre por el hombre. En la segunda tesis, el fenómeno básico consiste en el antagonismo de los intereses de clase, antagonismo que se manifiesta no sólo allí donde entra en juego la apropiación de la «plusvalía».

Es verdad que en su concepción de la historia Marx presupone, indudablemente, que la condición necesaria para la existencia de cualquier división de clases estriba en la existencia de la clase explotada, o en que la división dicotómica entre explotados y explotadores haya sido la fuente de todas las divisiones de clases; y esta hipótesis suplementaria —la cual aparece quizá más claramente en Engels— confiere supremacía a la primera de las dos tesis que hemos distinguido. Pero cuando Marx o Engels asumen análisis históricos concretos, se impone la segunda tesis y las luchas de clases son objeto de una interpretación más extensa.

Esta elasticidad respecto a la interpretación de los conceptos fundamentales no deja de estar ligada con la trascendencia práctica de la doctrina marxista, en tanto que instrumento de la revolución. No es casual que puedan distinguirse varias formas distintas de concepción de la estructura social en las obras de Marx y de Engels. No es casual que en la teoría marxista de las clases sociales se hayan cruzado unas corrientes de pensamiento tan heterogéneas como la visión dicotómica de la sociedad, el acervo del folklore y de los movimientos revolucionarios por una parte, y el esquema de Adam Smith por otra. Para que el concepto de las clases sociales haya podido asumir el papel que ha jugado en la historia del marxismo y en la historia de las transformaciones sociales del último siglo, tenía que satisfacer unos postulados aparentemente contradictorios. Para una doctrina que percibe en la lucha de clases el motor de la historia y el fundamento de su programa político, doctrina que busca en los antagonismos de clases la explicación de todos los procesos históricos y en la que todos los fenómenos culturales reciben una interpretación clasista, para tal doc-

trina es necesaria precisamente una síntesis de los diferentes aspectos de la estructura de clases.

En función del programa de lucha, esta doctrina debe subrayar al máximo la agudeza de las contradicciones de clase y la asimetría de las relaciones en la estructura social. El esquema de gradación y la visión dicotómica están elaborados y se asientan en las relaciones asimétricas. La máxima agudeza de la contradicción entre las clases nos la ofrece la concepción dicotómica, en la cual la contradicción entre dos clases es la única contradicción.<sup>25</sup> En el esquema gradacional, la introducción de las clases intermedias debilita esa agudeza y la nitidez de los contornos de clase se borra mucho más en cuanto aumenta el número de las clases en la representación de la estructura social y, en particular, cuando este número no se halla claramente determinado: cuando a veces distinguimos cinco clases sociales, y otras veces seis u ocho.

Si, ateniéndonos a las tareas que la doctrina marxista tenía que asumir, el aspecto dicotómico es el más conveniente debido a la *agudeza de las contradicciones asimétricas*, por otra parte tenemos que la pluralidad de las clases sociales es una hipótesis que requiere la «interpretación clasista» de unos procesos históricos complejos y de toda una serie de fenómenos culturales heterogéneos. Tal interpretación, que confiere a la división clasista una trascendencia multilateral y arrastra a la órbita de la lucha de clases a todas las esferas de la vida espiritual, no se presta a ser encerrada en los marcos de la estructura dicotómica: si todas las luchas políticas o religiosas han de ser luchas de clase, si a las di-

25. Vale la pena recordar aquí la opinión de Sorel: «Les propagandistes socialistes ne peuvent se résoudre à subordonner leurs conceptions des classes aux faits, qui nous montrent une excessive complexité de la structure sociale; sans la division dichotomique il leur serait impossible de faire comprendre l'idée révolutionnaire, de même que sans la description d'un idéal futur ils ne pourraient faire pénétrer dans les masses la notion de la catastrophe morale. Autre chose est faire de la science sociale et autre chose est former les consciences.» (SOREL, *op. cit.*, p. 188.)

ferentes corrientes literarias y artísticas hemos de conferirles una base de clase, si en las normas morales hemos de buscar un reflejo de los intereses de clase y de los prejuicios de clase, en ese caso es preciso recurrir a un número de clases mayor que las dos clases fundamentales del *Manifiesto comunista*.

## VI. La jerarquía de las clases y el «continuum» de las posiciones sociales

### *La tendencia a impugnar los privilegios y las demarcaciones clasistas*

Las consideraciones vertidas en el anterior capítulo tenían como objeto esclarecer la unión de los diversos esquemas de la estructura social en el sistema de Marx y, entre otras cosas, la tendencia a destacar lo más posible la trascendencia multilateral de las divisiones de clases. Pues se da el caso de que en casi todos los países de la moderna civilización, en los grupos o las clases dominantes se manifiesta la tendencia contraria: la tendencia a borrar el carácter de clase del sistema social en vigor. Las causas son muy fáciles de comprender: pues de una parte entra en juego la ideología democrática de las revoluciones burguesas del siglo XVIII, cuyos principios fundamentales, en sus diversas interpretaciones, se han convertido en el legado común de la cultura europea y en el atributo de las banderas del progreso, y, por otra parte, está el miedo ante la hostilidad de las masas desposeídas y discriminadas, cuyas manifestaciones pueden observarse no sólo en los países capitalistas tradicionales.

Sin embargo, la tendencia a borrar y cancelar el carácter clasista de la estructura social no deja de ser mucho más vieja que la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» o que la «Declaración de Independencia de los Estados Unidos». No es difícil encontrarla ya en la Roma antigua o en las Repúblicas griegas, naturalmente sólo en el ámbito de las relaciones entre los grupos de ciudadanos libres.

Esa tendencia suele manifestarse de varias maneras, pero casi siempre se limita a las dos siguientes: